



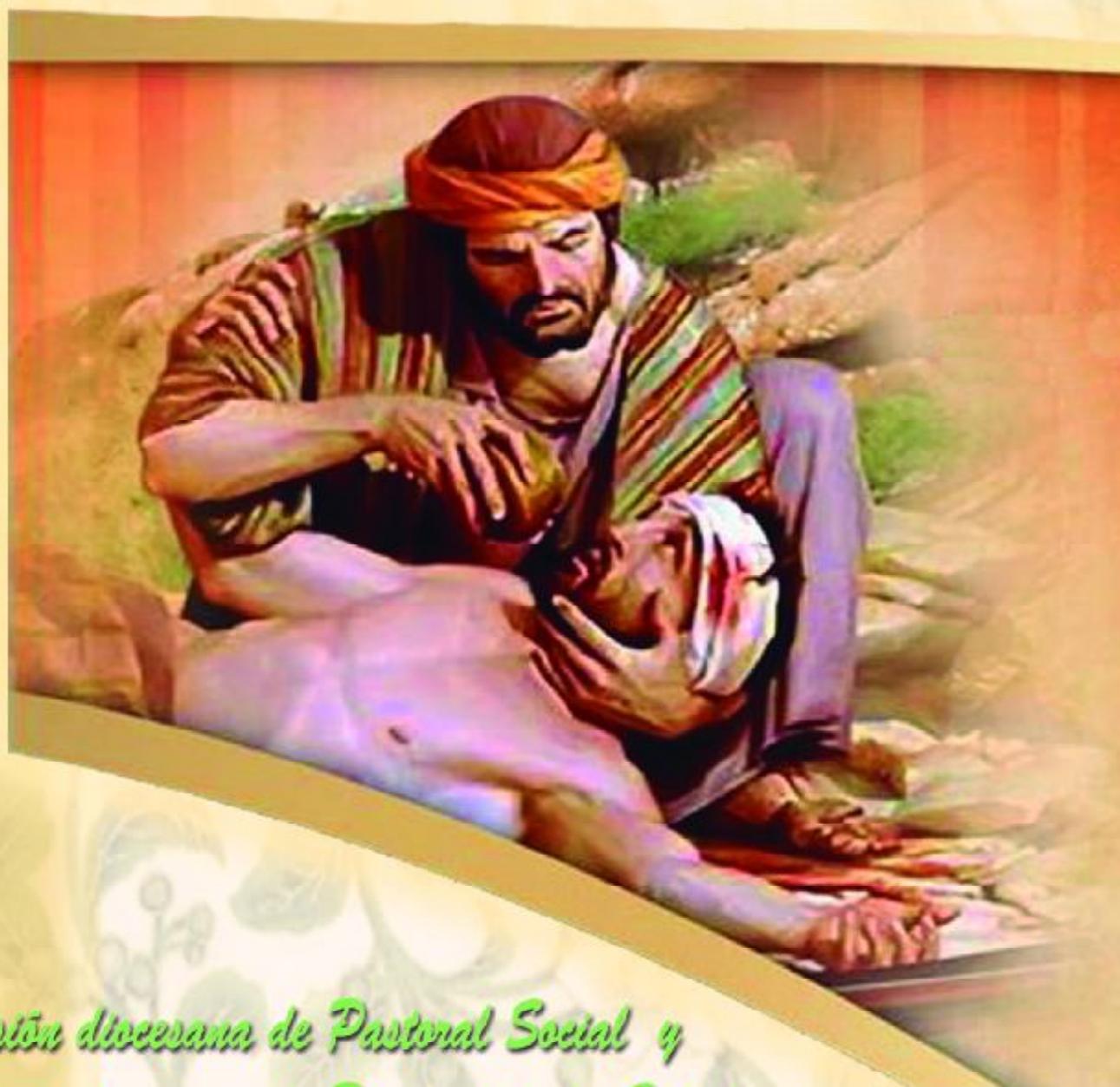
BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal. Marzo de 2015 N° 407

PARA VIVIR ADECUADAMENTE EL AÑO DE LA VIDA EN CRISTO Y DEL COMPORTAMIENTO SOCIAL CRISTIANO



*Comisión diocesana de Pastoral Social y
Comisión diocesana de Pastoral de la Salud*

SUMARIO:

Presentación.....	1
El Año de la Pastoral Social	2
1. Pastoral Social ¿de qué se trata?	3
2. ¿Qué hace la pastoral Social?	6
3. Paz, justicia y fraternidad, contenidos «privilegiados de la Pastoral Social.....	13
4. La Pastoral Social en la parroquia ¿cómo organizarla?	16
5. ¿Quién impulsa la Pastoral Social? Perfil espiritual del agente	20
Atención a la salud integral de la tercera edad.....	22
1. Vida humana, salud y enfermedad	25
2. El mundo de la enfermedad.....	26
3. El lenguaje del dolor.....	27
4. Jesús de Nazaret, el hombre sano	29
5. Reflexión de la Iglesia sobre la enfermedad y la salud	30
6. Perspectiva social y psicológica de cambio en favor de la senectud en san Juan Pablo II	34
7. Transformación occidental social del anciano	35
8. Psicología social de la vejez	37
9. Vejez y orientación psicológica de la edad geriátrica	39

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

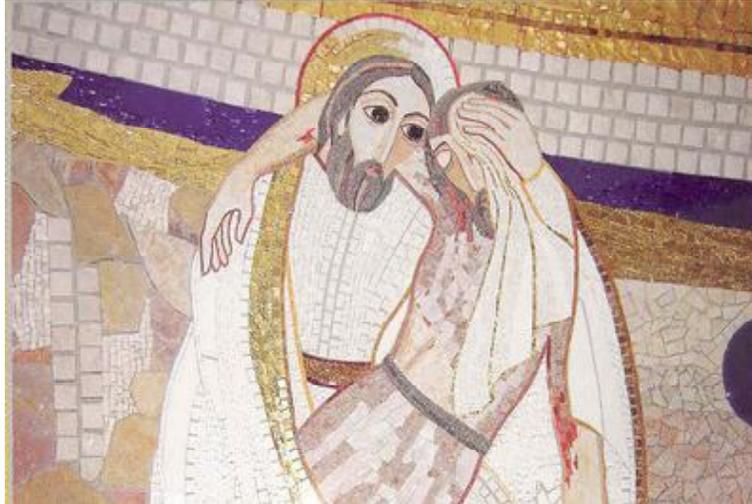
Responsables:

**Comisión diocesana de Pastoral Social y
Comisión diocesana de Pastoral de la Salud**

Diócesis de San Juan de los Lagos.

Presentación

No podemos reducir la Pastoral Social a tener en la comunidad un grupo de Cáritas, donde algunos voluntarios organizan la distribución de despensas con las aportaciones recabadas en la Misa mensual de la Divina Providencia y realizan algunas otras acciones asistenciales gracias al aporte de algunos contados bienhechores.



la colecta de la caridad. Se trata de idear una movilización general de la comunidad desde el ideal cristiano de la civilización del amor, que es la socialización del mandamiento del amor, distintivo de los cristianos. De esto hablamos hace un año.

Las primeras comunidades cristianas ponían sus bienes en común para hacerse cargo de los pobres y necesitados de la comunidad, y la historia de la Iglesia está llena de iniciativas muy creativas para ir respondiendo a las necesidades que se presentaban, no sólo en tiempos de calamidades, guerras, pestes, sino en la vida ordinaria de los cristianos.

Las acciones van desde la sensibilización sobre las distintas situaciones, la detección y acompañamiento de las víctimas reales de los problemas, la búsqueda y operación de estrategias para el análisis y la solución de los problemas desde sus causas, la prevención de conflictos y crisis, la organización de los grupos humanos para ofrecer respuestas y la formación de agentes para la atención especializada en los diversos campos de necesidad.

La Campaña anual de la Caridad no puede limitarse a depositar unas monedas en las alcancías e ir siguiendo un calendario cuaresmal, ni siquiera en recuperar el monto del pago de materiales en

En este Boletín de Pastoral, en su primera parte, damos una vista panorámica al amplio campo de la Pastoral Social y sus Vocalías en nuestra pastoral diocesana, abriendo horizontes para el trabajo al que en este año le buscamos caminos para una atención continuada. En la segunda parte abordamos el tema de la atención integral a los ancianos desde una óptica integral e interdisciplinar.

No podríamos permitir que pasara todo un Año pastoral dedicado primordialmente a la Pastoral Social (con actividades también de Pastoral de la Salud y Pastoral de la Cultura) y que la dimensión social de la fe continuara siendo el aspecto más desatendido de nuestra acción evangelizadora. Nos quedan algunos meses para activar nuestra creatividad y dejar huellas para seguir en el futuro los caminos que vamos abriendo o trazando.

*Comisión diocesana de Pastoral Social y
Comisión diocesana de Pastoral
de la Salud.*

El Año de la Pastoral Social



Según nuestro ritmo pastoral diocesano, y atendiendo a nuestro curso de acción general, el período pastoral 2014-2015, ha sido proclamado como el «*Año de la Pastoral Social*».



Así lo pregonó nuestro Obispo Felipe Salazar Villagrana en su mensaje dirigido a los participantes en la XIX Asamblea Diocesana de Pastoral, llevada a cabo en la Casa de Pastoral Juan Pablo II, los 11 a 14 de junio de 2014 (Boletín de Pastoral n. 395, p. 2): «...a partir del 28 de este mes (junio 2014) nos lanzaremos al Año de la vida en Cristo y del comportamiento cristiano». Este anuncio, enriquecido con otros elementos del mensaje que nuestro obispo nos dio, nos ofrece varias pautas para su celebración. Resaltamos algunas.

Nos Propone un Objetivo

«Se trata de la vivencia de la Fe mediante la caridad y la acción social. *Promover las acciones de caridad concretas que respondan a las necesidades profundas del corazón humano*».

Vamos a hacer de la caridad el dinamismo que impulse nuestras acciones pastorales. Éstas no surgen de una moda, sino de lo que debe distinguir a un auténtico cristiano que se precia de serlo. Su acción en el mundo debe concretizarse en obras visibles, ante Dios y ante los hombres, de tal manera que ajuste su comportamiento cristiano a los parámetros éticos y morales que propone el Evangelio.

Objetivo que aterriza en la parroquia

Siendo la caridad el fruto visible de la Nueva Evangelización, nuestro obispo espera, «*como un signo de nuestra disposición a crecer en el proyecto de amor, que cada parroquia forme su propia Comisión Parroquial de Pastoral Social*

, no como un grupo más, sino como un equipo pastoral que promueva iniciativas, invite y coordine acciones de caridad...»

La propuesta a nivel diocesano requiere ser asumida en todos los niveles de Iglesia (sectores, parroquias, decanato y diócesis). De no ser así, será difícil el involucramiento de los agentes de pastoral social que, finalmente, son quienes llevan a cabo las obras concretas en sus campos respectivos.

Hay Interlocutores Preferenciales

Aunque todos debemos ser agentes y destinatarios de la caridad cristiana, nuestro obispo destaca algunos sectores de nuestra población que, preferencialmente, son los interlocutores preferenciales de nuestra caridad: «...*los pobres, los que viven solos, los abandonados, los herma-*

nos mayores, todo ser humano necesitado, todos los heridos sociales, como un 'hospital de campo después de una batalla', dice el Papa Francisco, donde las heridas de la batalla humana sean sanadas»

Se trata de una invitación a contemplar los rostros sufrientes de Cristo presentes en nuestras comunidades. Sabemos que cada lugar tiene sus propias necesidades y sectores más desprotegidos. Todos ellos nos lanzan el reto de practicar las obras de misericordia, como criterio de comportamiento que, al final del día, decidirán nuestra salvación.

Es también una invitación para que, cada comunidad, a través de un discernimiento pastoral, identifique aquellos sectores humanos que reclaman nuestras obras de caridad concretas. Contemplar pasivamente estos desafíos pastorales, será dejar a medias nuestra tarea como cristianos y como agentes de pastoral.

Necesaria Capacitación

Nuestra pastoral social, a través de la historia diocesana, se ha ido impulsando a través de

algunas vocalías que buscan delinear las dimensiones que la pastoral social asume en nuestra Iglesia Local.

Con todo, nuestro Obispo nos anima a «...tomar las decisiones necesarias para que nuestros grupos de Cáritas, Cooperativas, dispensarios, grupos de estudio, y todos los que incursionan en los campos de necesidades de la comunidad parroquial, tengan la formación espiritual y la capacitación necesaria para responder a las diversas necesidades humanas»

Difícilmente se podría impulsar la pastoral social, en todas las dimensiones consideradas, si no contamos con las herramientas necesarias que nos permitan responder, técnica y espiritualmente, a esta vertiente indispensable de nuestra evangelización.

Esperamos que el material que ahora ponemos en sus manos contribuya a este propósito y, con todas las limitaciones de la fragilidad humana, podamos responder a las exigencias de nuestro ser y quehacer de cristianos y agentes de pastoral.

I. PASTORAL SOCIAL ¿DE QUÉ HABLAMOS?

El libro de los Hechos de los Apóstoles describe las principales acciones que la primera comunidad cristiana realizaba: *«Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la convivencia, a la fracción del pan y a las oraciones»* (Hch 2,42).

A partir de este texto bíblico, la Iglesia fue madurando su reflexión y acuñando los términos que hoy conocemos familiarmente como *Pastoral Profética, Pastoral Litúrgica y Pastoral Social*. Es esta última la que nos ocupa.

Como tal, el término *Pastoral Social* se usó por primera vez en el II Congreso Latinoamericano de Cáritas, realizado en Bogotá en 1965. En los años '80s se generalizó este término con el cual se quiere indicar lo siguiente:

Hablamos de una actitud de servicio por la cual la Iglesia, entendida como Pueblo de Dios, se hace presente en la sociedad, en sus personas y en sus estructuras, para orientar y promover el desarrollo integral del hombre, de acuerdo a los principios evangélicos.

Hablamos de una acción orgánica de todo el pueblo de Dios. No se trata de una acción cualquiera ni de cualquier modo, sino organizadamente. Todos los miembros de este pueblo se esfuerzan por construir un orden temporal justo, que les permita a todos la realización de su vocación humana y cristiana.

Hablamos de la operatividad de la Doctrina Social de la Iglesia. Teniendo en cuenta que la Doctrina Social de la Iglesia es un conjunto de

principios de reflexión, criterios de juicio y directrices de acción, la Pastoral Social busca aplicar esos principios de reflexión a la evangelización de la sociedad concreta en que vivimos, analizando la realidad social con los criterios de juicio que propone el Evangelio e implementando las directrices de acción según las circunstancias y tiempos que vive cada comunidad.

Hablamos de actuar en la sociedad como fermento, sal y luz (cfr. Mt 5,13-16). El cristiano, en su vertiente de la Pastoral Social, es fermento que transforma la sociedad por su testimonio de vida; es sal que da sabor a la convivencia humana para que sea más justa y fraterna; y es luz que ilumina el camino de la humanidad viviendo, ya desde ahora, los valores del Reino definitivo.

Es parte integrante de la tarea evangelizadora. La palabra anunciada (*Pastoral Profética*) y celebrada (*Pastoral Litúrgica*) debe llegar a plasmarse en la historia concreta de la vida humana. Esta es la tarea de la *Pastoral Social* que se caracteriza por las siguientes notas:

Características de la Pastoral Social

Es reflexión y acción. La sola reflexión nos ofrece erudición, pero no sabiduría para vivir rectamente. La sola acción nos hace activistas, pero no constructores de una sociedad según Dios. Necesitamos de la reflexión para conocer los principios morales y de la acción para hacerlos creíbles ante nuestra sociedad contemporánea.

Busca una liberación integral. Cualquier análisis que se haga de nuestra situación actual, sin duda mostrará factores económicos, políticos, culturales y sociales que, en mayor o menor medida, han contribuido a las modernas esclavitudes que hoy se viven. Nuestro compromiso individual y social, será acudir a las capacidades más nobles del hombre para lograr la liberación de dichas esclavitudes. Sin embargo, como discípulos misioneros, reconocemos la validez de la palabra que pronunciaron nuestros obispos en Puebla: «...como pastores... vemos que en lo más profundo de ellas (estructuras materiales que esclavizan) existe un misterio de pecado, cuando

la persona humana, llamada a dominar el mundo, impregna los mecanismos de la sociedad de valores materialistas» (DP 70). La Pastoral social, entonces, está llamada a unirse a todas las iniciativas que buscan liberar de las esclavitudes materiales, pero, como cristianos, asumimos la tarea luchar por la liberación más profunda de la esclavitud más profunda: la del pecado. Entonces será una liberación integral.

Su acción es al interno y al externo de la Iglesia. La comunidad eclesial está en el mundo sin ser del mundo. Vive la realidad del mundo con sus angustias y esperanzas sin perder de vista su destino trascendente. Participa en los esfuerzos por mejorar las realidades temporales, entendiendo que el Reino de Dios, aunque tiene su plenitud más allá del tiempo y del espacio, comienza desde las realidades de este mundo. Por eso se une a las causas más nobles de la humanidad por tener un mundo mejor, traspasando las fronteras religiosas, y aporta lo específicamente cristiano como un horizonte de salvación que se ofrece a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

Nace de la Palabra de Dios. No es una alternativa pastoral, sino un imperativo de coherencia evangélica. No es una ideología de moda, sino una cosmovisión en la que Dios, con su Palabra, dirige los rumbos de la historia. No es la audacia de una iniciativa humana, sino la interpelación de un Dios que, por amor al hombre, lo llama a ser plenamente feliz.

Involucra a todos los miembros de la Iglesia. No se trata de una tarea que asume quien gusta de la Pastoral Social, sino un estilo de vida de todo fiel cristiano. La experiencia nos dice que son pocos quienes organizan las acciones de pastoral social, pero no debería haber ninguno que deje de participar en alguna de ellas, si verdaderamente se considera cristiano. Será prácticamente imposible que todos asumamos todas las dimensiones de la Pastoral Social, pero sería lamentable si no asumimos ninguna.

Se inserta en la Iglesia Local. El decreto Christus Dominus nos dice que «*La Diócesis es una porción del pueblo de Dios que se confía a un obispo para que la apaciente con la colaboración*

de su presbiterio. Así, unida a un pastor, que la reúne en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular. En ella está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo una, santa, católica y apostólica» (CD 11). La Pastoral Social se inserta, pues, en el dinamismo de esta porción del Pueblo de Dios que llamamos Diócesis, Iglesia particular o Iglesia local. De ella recibe su vitalidad, ya que esta Iglesia local recibe los dones de Cristo y los transmite a sus miembros, realizando así su mediación salvífica. Por tanto, la Pastoral Social actúa de acuerdo al discernimiento comunitario que se elabora en la diócesis, para unirse a la tarea evangelizadora desde el campo que le toca a esta vertiente de la pastoral.

Es fruto de la virtud de la caridad. El cristiano, personal y comunitariamente, se presenta en el mundo como un mensajero del amor. «En esto conocerán todos que son Mis discípulos, si se tienen amor los unos a los otros» (Jn 13,35). Esta es la identidad de cristiano. Lo que haga o deje de hacer; lo que diga o deje de decir; lo que piense o deje de pensar, le abrirá o cerrará las puertas al Evangelio, porque se trata de prolongar la acción de Cristo que, por amor, se entregó a la muerte y resucitó para darnos vida.

Es importante rehabilitar la caridad, porque no se la debe reducir a la limosna ni oponerla a la justicia, porque la caridad es dimensión esencial del cristiano, ya que quien ama a Dios y no ama a su hermano es un mentiroso; la caridad es el amor derramado en el corazón por el Espíritu Santo que se nos ha dado ya que ese amor es el que realiza al hombre nuevo; la caridad suscita los mayores compromisos en la liberación de los pobres y oprimidos, ya que las obras de caridad son la verificación de la fe.



El verdadero amor que es seguimiento a Cristo no tiene sentido si no se expresa en la conversión profunda de las conciencias y de las estructuras conforme a las exigencias de la justicia. Hoy la santidad no es posible sin un compromiso con la justicia, sin una solidaridad con los pobres y oprimidos.

Otras consideraciones sobre la Pastoral Social

Nos queda claro que la Pastoral Social es la acción evangelizadora de la Iglesia que tiene como misión animar, a la luz del Evangelio y la enseñanza social de la Iglesia, el proceso de transformación de la realidad social, con el protagonismo de los laicos, para construir en armonía con la creación, una sociedad justa, fraterna y solidaria, signo del Reino de Dios.

Las profundas transformaciones de la sociedad, los nuevos condicionamientos culturales, particularmente la secularización y la autonomía de lo temporal, han traído una profunda revisión de la misión eclesial de servicio al mundo y del testimonio de la caridad. La Pastoral Social pertenece a la misión de la Iglesia. El proyecto del Reino de Dios incluye entre sus metas la promoción integral del hombre (cfr. GS 45).

Hoy crece la conciencia de que la diaconía es signo del amor, germen del Reino de Dios; además existe una unión inseparable entre evangelización y promoción integral del hombre (cfr. EN 31). Es verdad, la liberación de Cristo queda mutilada si olvidamos que dentro de la acción pastoral, también debe haber la transformación del hombre, sujeto de su propio desarrollo individual y comunitario.

La acción pastoral está incompleta si no se tiene en cuenta la transformación del hombre y la sociedad.

Uno de los grandes desafíos de la Iglesia es convencer a los cristianos que ellos son sujetos de la Pastoral Social «en primera persona», y que esta responsabilidad no se cumple con el recurso fácil de la limosna, o el pensar de que «otros lo harán», o «eso le toca la parroquia o al Obispo».

Cuando intervenimos en lo social, no lo hacemos como una institución cualquiera de beneficencia o desarrollo social, sino en nombre y por mandato de La Iglesia. Cuando anunciamos y testimoniamos la llegada del Reino de Dios – Reino de Justicia, Verdad y Amor- estamos hablando de un trabajo que exige no sólo una visión profunda y concreta de la realidad humana, sino también una fuerza que se llama gracia, algo que no proviene de medios puramente humanos, sino del Espíritu.

II. ¿QUÉ HACE LA PASTORAL SOCIAL?

En el pasado, la pastoral en general se entendió como un compromiso de todos al servicio de todos, con la finalidad de «Edificar el Cuerpo de Cristo» (Ef 4,11). Cuando aparece el sacerdocio oficial, la pastoral se entendió como una tarea del obispo y los sacerdotes. La pastoral fue entonces el «cuidado de las almas», la «preocupación o cuidado para la salvación».

Después del Vaticano II, la pastoral como una tarea en la que todos somos corresponsables de la tarea evangelizadora (cfr. AA 2). El apostolado será toda la actividad del Cuerpo Místico de Cristo que se realiza a través de cada miembro en diversas maneras. La vocación de los laicos será la búsqueda del Reino de Dios, ordenando los asuntos temporales según el Evangelio. La Iglesia tiene una nueva visión de sí misma. Está en el mundo sin ser del mundo. Hay una interpelación recíproca Iglesia-Mundo. La Iglesia se hace presente en el mundo a través de los laicos con la diversidad de ministerios.

Nueva visión de la pastoral. Con una nueva visión de Iglesia, también se tiene una nueva visión de la pastoral. Se trata de una verdadera Teología Pastoral, es decir, acciones que Dios realiza, y sigue realizando, teniendo a la Iglesia como continuadora de esa obra de Dios. Es una acción coordinada en la que cada uno participa según sus carismas y ministerio. El modelo sigue siendo, como siempre, Jesús como Buen Pastor

cuyo anuncio llega a todos y se preocupa por todos. Su actuación es para cada persona y sus necesidades. Va a todos los lugares geográficos y existenciales. Siente compasión por sus ovejas.

En este contexto, el papel de la Pastoral Social puede resumirse en cuatro servicios: el profetismo, la promoción humana, la formación de la conciencia cívica y la práctica de la misericordia.

Promover un Auténtico Profetismo

Los profetas del Antiguo Testamento supusieron una renovación y maduración de la fe del pueblo israelita en la línea de la interioridad, la radicalidad, la coherencia en el culto, el compromiso social y la universalidad de la fe en el Dios vivo y verdadero.

Desde este punto de vista, todos somos invitados constantemente a ser profetas en nuestro tiempo, en medio de una sociedad que presenta muchas ambigüedades y que está caracterizada por la trivialización de los valores morales, la superficialidad y la insolidaridad con los necesitados.

El profeta tiene un perfil. El término para designar al profeta es *nabí* (el que ha sido llamado por Dios). Su actuación se lleva a cabo en el contexto social, económico, político, cultural y religioso que vive el pueblo en las diferentes situaciones históricas. Siendo un hombre de Dios,

vive una experiencia muy cercana con Él, lo cual le convierte en portavoz de sus designios de salvación para sus hermanos. Un profeta comparte y asume la realidad de su pueblo, así como su necesidad de liberación.

En el fondo, el perfil del profeta es el perfil de los agentes de pastoral social. La conjunción de estos elementos les hace ver el futuro con una mirada de renovación y de gracia. Son testigos de que los planes de Dios no siempre coinciden con los caminos de los hombres, y expresan abiertamente lo que Dios les sugiere para destruir y edificar, para sostener y consolar, para denunciar y anunciar (Jer. 1,10).

El profeta es consciente de su pequeñez (Is 66,5), pero al mismo tiempo siente que su vocación y misión les viene

de Dios. Intercede constantemente en favor del pueblo (1Sm 12,19-23; Am 7,2-5) y ora para que las situaciones sean más acordes con la justicia y el derecho. «En el `cara a cara` con Dios, los profetas extraen luz y fuerza para su misión.

El lenguaje de los profetas es sencillo, está rebotante se sentimientos y parten de la descripción de la situación en términos de injusticias, de culto falso, de confianza en las riquezas, de alianzas políticas inadecuadas, de escarnio del pobre y de idolatría de todo tipo. La llamada a la conversión que hacen los profetas tiene como referencia la paciencia e insistencia con que Dios ama, perdona y espera que el pueblo cambie. El anuncio del castigo siempre queda abierto a la esperanza de salvación; ésta se sostiene en la misericordia de Dios y en el pequeño «resto de Israel», los sencillos y piadosos que permanecen fieles a la alianza y lo esperan todo de Dios.



Jesús es el modelo del Profeta. En los Evangelios Jesús aparece con los rasgos propios del profeta. Las gentes acogen con entusiasmo su predicación, sienten que algo nuevo está surgiendo, y los pobres y pecadores reciben la Buena Noticia de que ha llegado el Reino, como el futuro nuevo y definitivo.

Jesús en su vida pública cuestionó el sistema socio-religioso de Israel, el modo de cumplir la ley, el funcionamiento del Templo, la religiosidad farisaica y la imagen de Dios de los fariseos.

Se enfrentó a las clases dirigentes, no se dejó acaparar por ninguno de los grupos que había en Israel y proclamó el Evangelio del Reino con todo lo que tenía de novedad en la comprensión de Dios como Padre.

La vida entera de Cristo fue una continua enseñanza: su silencio, sus milagros, sus gestos, su oración, su amor al hombre, su predilección por los pequeños y los pobres, la aceptación total del sacrificio en la cruz por la salvación del mundo, su resurrección, son la actuación de su palabra y el cumplimiento de la revelación.

La Iglesia continúa el Profetismo de Cristo. En Pentecostés se consumó el misterio pascual con la venida del Espíritu Santo. Desde ese día el Reino anunciado por Cristo está abierto a los que creen en él. El Espíritu Santo hace entrar al mundo en los «últimos tiempos», el tiempo de la Iglesia, el reino ya heredado, pero todavía no consumado. El «efecto Pentecostés» no se hace esperar. Los apóstoles proclaman «las maravillas de Dios» y Pedro dice que la efusión del Espíritu es la manifestación de los tiempos mesiánicos (Hch 2,17-18). Pablo nos recuerda que en las comunidades cristianas hay múltiples dones, pero un sólo Espíritu; el don de profecía es de los más

importantes en las comunidades (1Ts 5,19s; 1Co 12,28; Rm 12,6).

El Profetismo de la Pastoral Social. La dimensión social de nuestra fe nos lleva a vivir el carisma de la profecía. Es un camino de conversión constante y de búsqueda del encuentro con Dios en los acontecimientos históricos con la confianza de que Dios lleva la existencia hacia la plenitud escatológica.

Como profetas de nuestro tiempo nos toca, desde esta experiencia de Dios, analizar las realidades históricas para discernir los signos de los tiempos, es decir, los acontecimientos de gracia por los que Dios pasa por la historia o ésta se abre al proyecto de Dios. Los profetas son defensores hasta gastar y dar la vida en la causa de los pobres. La actitud interior de desprendimiento de los bienes y la gratuidad en el servicio es lo que avala la palabra del profeta.

Todos los cristianos, por el Bautismo y la Confirmación, estamos llamados a ser profetas, dóciles a la acción del Espíritu, y continuadores de la misión de Jesús. La sociedad necesita contraste, aliento, denuncia y propuestas nuevas; lo importante es estar a la escucha del Espíritu para que nuestras palabras y gestos sean los de Dios y los que mejor pueden liberar al hombre de hoy.

En la práctica, la Iglesia se esfuerza por asumir el profetismo haciendo lo que hacían los profetas. Lo hace en forma oral o escrita –declaraciones, documentos-, exponiendo la cosmovisión que tiene sobre las situaciones que vive la humanidad. Pero el comportamiento social del cristiano seguirá siendo la mejor carta de la Iglesia, y de quienes nos gloriamos de ser parte de ella, para vivir y manifestar su profetismo.

Un ejemplo. El pasado 17 de febrero de 2015, el Consejo permanente del Episcopado Mexicano lanzó un grito profético en forma de comunicado: «¡Alto a los corruptos!». Lo hacen como ciudadanos y pastores que participan de la realidad, dolorosa, que vive gran parte de nuestro pueblo. Expresan su preocupación por el «grave mal de la *corrupción*», presente en políticos, empresarios y eclesiásticos, y cuyo precio siem-

pre lo pagan los pobres. Reiteran cómo este fenómeno es una forma de violencia que, anidada en las estructuras sociales, se transforma en delincuencia organizada. Descubren la necesidad de actuar en forma conjunta e integral desde reformar las leyes y la creación de instituciones, hasta la creación de reformas constitucionales y legales que susciten un Sistema Nacional Anticorrupción, pasando por abolir el «fuero» del que gozan algunos servidores públicos y que se utiliza como «escudo» de impunidad. No hacer nada al respecto será poner en riesgo la confianza como valor fundamental para lograr una convivencia pacífica y para el progreso. Al final exhortan a toda la sociedad a pagar una deuda con la Nación: recuperar la confianza en aquellos en quienes ha depositado una responsabilidad institucional en bien de México. Este es un ejercicio de profetismo que, surgiendo de nuestros obispos mexicanos, es una invitación a sumarnos en la búsqueda de las mejores alternativas de solución ante el fenómeno de la corrupción.

Impulsar la Promoción Humana

Entendemos por Promoción Humana el derecho y el deber que tenemos todas las personas de contar con los recursos necesarios para alcanzar nuestro desarrollo integral, para que en la libertad y la justicia podamos realizar nuestra vocación humana y cristiana.

Esta exigencia es un punto central de la acción de la Iglesia, porque hay muchas personas que no encuentran las condiciones necesarias para cumplir con su propósito de realización personal y social.

Este planteamiento, entre otras cosas, nos lleva a contemplar algunas vocalías o dimensiones que, surgidas de nuestras necesidades locales, vemos necesario impulsar.

Las obras de misericordia. Al practicar las obras de misericordia que nos señala Jesús, no es suficiente visitar un enfermo, es necesario ayudarlo a curarse; no basta dar de comer a un hambriento, hace falta enseñarle a trabajar y darle trabajo; no es suficiente visitar el encarcelado, es necesario luchar para que se le haga justicia;

tampoco dar un consejo, sino educar para que la persona viva mejor y logre su propio desarrollo. Por todo esto, la promoción humana sigue siendo punto central en la pastoral social.

Las personas somos obra maestra de Dios, pero tenemos que poner todos los medios que estén a nuestro alcance para crecer integralmente y llegar a ser y vivir como verdaderos hijos suyos. Esto quiere decir que debemos alcanzar un desarrollo armónico en todos los aspectos que integran la vida. Lo exige así la dignidad humana.

Una promoción integral. La promoción humana que solo busca el crecimiento económico, material o de poder, no se le puede llamar auténtica promoción humana, porque deja fuera lo esencial de la persona: ser imagen de Dios y capaz de amar. Con justa razón nuestros obispos latinoamericanos nos señalaron que «*Nuestra misión es contribuir a la promoción integral del hombre y de las comunidades del continente... Queremos ofrecer aquello que tenemos como más propio: una visión global del hombre y la humanidad, y la visión integral del hombre latinoamericano en el desarrollo*» (Medellín. Mensaje a los pueblos de América Latina).

El Papa Juan Pablo II, en su discurso inaugural de Santo Domingo, nos ofrece estupendas orientaciones sobre el tema de la promoción humana. Veamos algunas.

Cuidadoso análisis de la realidad. Para promover el auténtico desarrollo humano es indispensable analizar la realidad en todas sus variables. Básicamente se nos sugiere estar atentos a los movimientos económicos, culturales, políticos y sociales. Desde estas dimensiones humanas podemos descubrir los desafíos que debemos afrontar y superar. La actualización en los datos sobre estas realidades será una tarea ineludible para impulsar la promoción humana.

La preocupación por lo social. La Iglesia interviene en lo social por derecho propio, en el cumplimiento de su misión evangelizadora, ya que forma parte integrante de su tarea.

Una genuina promoción humana. Si en el pasado la riqueza de las naciones se medía por la

abundancia de los recursos naturales, el Papa nos señala que la mayor riqueza de nuestros pueblos son las gentes. Este es el aspecto nuclear de la promoción humana. Estos hombres y mujeres concretos son el primer camino de la Iglesia. No solamente se trata de aumentar lo que el hombre tiene, sino de desarrollar lo que el hombre es y lo que está llamado a ser. Por eso la promoción humana aparece como consecuencia lógica de la evangelización, la cual tiende a la liberación integral. Esta promoción humana integral se va concretizando en acciones tan concretas como la educación ecológica, el rescate de valores, el diálogo y cooperación entre personas y pueblos y el cultivo de una espiritualidad que recupere el sentido de Dios, siempre presente en la naturaleza.

Una genuina praxis de liberación. No podría faltar este aspecto. Es una invitación a superar la visión de una liberación entendida por algunos como un proyecto meramente político. Se trata de la liberación auténtica y real del pecado, fuente de toda esclavitud y básicamente de toda estructura injusta, para suscitar la conversión y abrir el corazón humano a la verdad y la vida de Cristo; liberación que potencia la conciencia personal y colectiva en lo temporal, para superar las estructuras generadoras de la miseria física y espiritual.

El ideal de solidaridad. La cultura de la solidaridad es una de las utopías de la nueva sociedad. Como formas concretas de esta solidaridad se sugiere: una verdadera economía de comunión y participación de bienes; la integración Latinoamericana, la solidaridad internacional para hacer frente al fenómeno de la pobreza. Esta solidaridad es una exigencia del bien común universal que ha de ser respetada por todos los integrantes de la familia humana.

En nuestra diócesis, el aspecto de la promoción humana es el que más trabajo nos costado impulsar. Sin embargo, podemos señalar las expresiones de esta promoción que han surgido en el campo del cooperativismo, el cual surge fundamentado en una visión de economía solidaria. El acompañamiento y promoción de estas iniciativas es lo menos que podemos hacer para celebrar el «Año de la Pastoral Social».

Formar la Conciencia Cívica y Política

Abordar este aspecto es aludir directamente a lo que en este año decidió nuestra Iglesia Local llamar también el «Año del comportamiento social cristiano».

Sabemos que el modelo de moral social cristiana se encuentra en la Doctrina Social de la Iglesia. En ella encontramos una síntesis que evoluciona al compás de los cambios históricos, reflejando los principales problemas de la modernidad económica, política y cultural, y de la Iglesia ante ellos.

La formación de la conciencia, con respecto a su dimensión social, tiene que ver directamente con la postura que la Iglesia en general, y el cristiano en particular, toma ante la llamada «*cuestión social*». Con este término nos referimos al conjunto de problemas, y las tentativas de solución, que la sociedad afronta en un determinado tiempo y lugar.

En los inicios de la Doctrina Social de la Iglesia como un conjunto ordenado y sistemático, la cuestión social se planteó como una cuestión básicamente obrera y un tanto reducida al ambiente europeo. Desde las enseñanzas del Papa Juan XIII, la cuestión social se empezó a considerar como un hecho global y causas económicas, políticas, culturales y sociales.

Con el Papa Benedicto XVI, la recta jerarquía de valores en los ciudadanos se convierte en parte sustantiva de la cuestión social y va a ser presentada en su naturaleza colectiva, es decir, no sólo como convicción moral de cada persona, sino como conciencia moral compartida por una sociedad democrática, lo cual deja claro el matiz de una urgencia y primacía de la dimensión moral de la política, y hasta de una conciencia moral compartida en todas las sociedades y, muy particularmente, en las sociedades democráticas.

Este planteamiento no hace sino situarse en la relación de la moral cristiana con la cultura moderna y con la democracia política en particular. Estos temas son fundamentales para estudiar y asumir los contenidos primordiales en nuestro

«año de la Pastoral Social y del Comportamiento cristiano».

La encíclica *Deus Caritas est* (2005), entre otras cosas, insiste en la necesidad de una conciencia colectiva en la sociedad. En cuanto a la política, esta conciencia colectiva tiene su origen y su meta en la justicia y ésta es de naturaleza ética. Y, en cuanto a la construcción de un orden social y estatal justo, se descubre como una tarea humana primaria.

Partiendo, entonces, de que las estructuras justas son una condición indispensable para una sociedad justa, esto no será posible si no nacen ni funcionan sin un consenso moral de la sociedad sobre *los valores fundamentales* y sobre la necesidad de vivir estos valores con las necesarias renunciaciones, incluso contra el interés personal.

Lograr una conciencia moral compartida por toda la sociedad, y el cristiano en ella, se convierte así en una de las tareas más importantes de la pastoral social. Estudio, reflexión, conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia y testimonio de vida, serán indispensables para echar adelante nuestra pastoral social, al menos en los siguientes aspectos:

Necesaria antropología teológica. Se trata de impulsar un verdadero humanismo, que reconoce en el hombre la imagen de Dios y quiere ayudarlo a realizar una vida conforme a esta dignidad. Con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural. Cuando Dios está ausente en el colectivo social, estos valores morales no se muestran con toda su fuerza, ni se produce un consenso sobre ellos.

Formación de la conciencia política. En cuanto a la Iglesia como institución, formar las conciencias, ser abogada de la justicia y de la verdad, educar en las virtudes individuales y políticas, es su vocación fundamental en este Sector. El respeto de una sana laicidad es esencial en la tradición cristiana auténtica pues, en su defecto, perdería su independencia y su autoridad moral, identificándose con una única vía política y con posiciones parciales opinables.

La acción de los laicos en política. Si el compromiso por la justicia en cuanto tarea política directa, es decir, estructuras justas en la sociedad y el Estado, es, sólo, *mediatamente*, competencia de la Iglesia, los laicos sí lo tienen como un «deber inmediato». Como ciudadanos del Estado que son, no pueden evitar la política en su concreción de instituciones y leyes, buscando su justa configuración, respetando la legítima autonomía de la política y cooperando con los otros ciudadanos y bajo su propia responsabilidad, viviéndolo todo como expresión de su fe y, por tanto, como caridad social.

Algunas actitudes prácticas. La cuestión de la laicidad, expresada en hábitos democráticos y tolerantes, nos invita verla como una oportunidad y una tarea para impulsar un compromiso cívico más democrático, en un sano diálogo en el que compartamos la cosmovisión, y la cuestión ética y moral en la política al interno de nuestras comunidades.

Necesario también será un *espíritu crítico*, considerando la vigencia cultural de que gozan los llamados «procesos de descrédito de lo religioso», es decir, su consideración como convicciones anacrónicas y subjetivas.

Es bueno recordar que, una sociedad tan *racionalista* como la nuestra, sigue teniendo su mínimo moral inexcusable en los derechos iguales de los más débiles. Habrá qué aprovechar ese «mínimo moral» para desarrollar procesos de formación en los valores compatibles con el Evangelio.

Sabemos que la ley debe proteger aquello que es imprescindible para el bien común, y esto exigimos de su parte, pero *el cambio de ideas es un acto de libertad* que corresponde, en conciencia, a cada ciudadano. Si hay que practicar, en su caso, la objeción de conciencia sobre algunos aspectos de la convivencia humana, hablemos directamente de esto y veamos cuándo, cómo y por qué.

Nos ha tocado vivir en medio de un *pluralismo social y eclesial incómodo*. En el caso de la Iglesia, sabemos de los criterios capaces de sostener el equilibrio imprescindible en esa expe-

riencia; hablamos de Jesucristo, los pobres, la caridad y la comunión en la tradición viva de la Iglesia; en el caso de la sociedad, hablamos de los derechos humanos y del principio de solidaridad.

Vigilamos el respeto de los *derechos humanos en la Iglesia*, y en nuestra acción pastoral, y su recuerdo no nos incomoda por «*política*», sino por lo que tiene de interpelación «moral» y «evangelizadora». Además, si se piensan desde la fraternidad evangélica, mejor se podrá reconocer su riqueza de matices y efectos democratizadores en la Iglesia.

Más allá del *derecho*, «la legalidad» que nos pueda asistir, como Iglesia, en una sociedad democrática, nos importa cómo somos *percibidos* por esa sociedad a la que queremos evangelizar y por qué razón se tiene esta imagen de ella.

Creemos que la mejor aportación cristiana a estas sociedades, plurales, complejas y hasta desconcertadas, ha de consistir en *hombres y mujeres de fe*, sí, pero con otros hábitos de juicio y de consumo, otra mentalidad o cultura, una manera de sentir e interpretar el mundo que destaca el ser sobre el tener, lo nuestro sobre lo privado y corporativo

Valoramos la importancia de *una comunidad cristiana* para vivir la fe con toda la riqueza de sus expresiones; creemos que en ella puede animarse alguna forma de presencia pública y hasta de vida alternativa y, en todo caso, hallar numerosos estímulos para hacer más fácil la sintonía con la vida en todas sus expresiones.

Sabemos, *por fin*, que no podemos eludir el esfuerzo requerido por un discernimiento prudencial, hecho a la luz del Evangelio, muy atento a una específica situación local y al modo de vida de cada uno. Al fin y al cabo, se trata de aceptar y de ejercer la mayoría de edad que, como cristianos y ciudadanos, nos corresponde.

Animar la Práctica de la Misericordia

Santo Tomás de Aquino, siguiendo la estela de los Santos Padres, afirma que «*la misericordia es lo propio de Dios, y en ella se manifiesta de forma máxima su omnipotencia*» (STh 2-2, q.30, a.4).

En el discurso de apertura del Concilio Vaticano II, san Juan XXIII recordó la importancia de la medicina de la misericordia como pauta para la vida y actividad de la Iglesia. El magisterio de los Papas ha subrayado con firmeza el valor central de la misericordia no sólo para una evangelización renovada, sino también para un ordenamiento digno y justo de la vida social.

En la tradición bíblica la misericordia se manifiesta como expresión del amor, la bondad, la fidelidad, la ternura, la paciencia y el perdón de Dios. Es la presencia y acción de Dios ante el ser humano débil y pecador. Es expresión de un Dios que ama con entrañas de madre: «¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré» (Is 49,15).

Esta misericordia de Dios se hizo carne. «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). En Jesús aparece la misericordia de Dios en modo humano. Sus gestos y acciones, sus actitudes y sentimientos son capaces de sintonizar con todos los sufrimientos, abismos y soledades del ser humano. Es una forma humanada de la misericordia divina que suscita en nosotros sentimientos y actitudes de admiración y agradecimiento, confianza y alabanza.

Sorprende ver el modo en que la ternura de Dios se acerca, en Cristo, a todo sufrimiento humano: Su encuentro con los pecadores, los enfermos, los pobres, los desahuciados, los que no conocen la misericordia, los desesperanzados, los condenados, los moribundos... y todos los rostros sufrientes de Cristo que se hacen presentes en nuestras comunidades.

La Iglesia debe ser el hogar de la misericordia. Cristo es el templo de la misericordia de Dios y a este templo de misericordia hemos sido agregados por medio del Bautismo. El Papa Francisco dirá que este templo, este hogar, es como un «hospital de campaña» donde hemos sido tocados, alcanzados por la misericordia de Dios. Desde esta casa hemos sido enviados a las encrucijadas de la vida, a las periferias existenciales, a

invitar a todos al banquete de bodas, preferentemente a los pobres, enfermos, desahuciados (cfr. Mt 22,1-14).

Combatir la pobreza. En el contexto de la Pastoral Social, las obras de misericordia mencionadas en el Catecismo de la Iglesia Católica (CEC 2447), nos recuerdan cuatro clases de pobreza que, a menudo, están entrelazadas: la pobreza física o económica, que es la más fácil de ver; la pobreza cultural, que también excluye de la vida social al negar oportunidades de formación; la pobreza relacional, que aísla de la convivencia social y la pobreza espiritual, que en nuestra sociedad se concreta a menudo en un vacío interior, desesperanza o abandono. La respuesta a todas estas situaciones de pobreza pasa por una conversión personal que se debe concretizar en estilos de vida austeros, fraternos y solidarios.

Una misericordia activa. Vista así, la misericordia nos mueve a hacernos cargo del sufrimiento del prójimo, a ponernos en su lugar, a escucharlo, a defenderlo, a compartir nuestros bienes, a ayudarlo en el restablecimiento de sus derechos y de su dignidad. También conlleva un compromiso comunitario de transformación de las estructuras de pecado que generan desigualdad e injusticia. Tradicionalmente, en la Iglesia, se impulsan diversas obras de misericordia a nivel personal, grupal o institucional. En todos los niveles de nuestra Iglesia habrá qué apoyar o impulsar estas obras para afrontar todo tipo de pobreza que en estos niveles se presente.

En resumen. El quehacer de la Pastoral Social se encamina, entre otras cosas, a vivir un auténtico *Profetismo* capaz de anunciar y denunciar, al estilo de los profetas, las múltiples situaciones que reclaman esa voz que orienta y da confianza. A impulsar a personas, comunidades y grupos, para que sean sujetos de su propio desarrollo a través de una adecuada formación. A asumir el compromiso político como forma concreta de construir una convivencia social justa y fraterna, y practicar la misericordia de Dios como la expresión más concreta del amor humano y cristiano traducido en servicio a los demás.

III. PAZ, JUSTICIA Y FRATERNIDAD, CONTENIDOS «PRIVILEGIADOS» DE LA PASTORAL SOCIAL

Al inicio de este año de pastoral (2014-2015), y de acuerdo a la dinámica de nuestro curso de acción, en nuestra diócesis se han privilegiado tres contenidos básicos: la paz, la justicia y la fraternidad cristiana. Además estos valores o ideales de comportamiento cristiano son uno de los llamados «puntos focales» de nuestro V Plan Diocesano de Pastoral. En torno a esto gira el contenido de este apartado.

El Papa Francisco, en *Evangelii Gaudium* (nn. 217-258), nos expone una visión admirable sobre este don de Dios y tarea de los hombres. Resaltamos algunas consideraciones sobre el tema.

Anhelamos una Paz Auténtica

El Papa Pablo VI, en la encíclica *Populorum Progressio*, ya nos había advertido que la paz *no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas*. Por su parte, el Papa Francisco nuevamente señala que la paz social no puede entenderse como una *mera ausencia de violencia* lograda por la imposición de un sector sobre los otros.

Tampoco es una paz auténtica la que sirve como excusa para justificar una organización social que silencie o tranquilice a los más pobres. Unos, los más favorecidos, vivirían sin sobresaltos porque tienen todo lo necesario. Otros, los más pobres, estarían en paz porque sobreviven como pueden. La dignidad de la persona y el bien común, siempre deben estar por encima de la tranquilidad de unos pocos.

Una paz que no surja como fruto del desarrollo integral de todos, tampoco tendrá futuro y siempre será semilla de nuevos conflictos y de variadas formas de violencia. Desde esta perspectiva, aunque dejaran de existir las «manifestaciones nuestras de cada día», sin la satisfacción de las necesidades básicas y el paso de unas condicio-



nes menos humanas a condiciones más humanas, nunca sería una paz auténtica.

La paz ha de construirse cada día y comporta una práctica de la justicia conmutativa, distributiva y legal cada vez más perfecta en la manera de entenderse e impartirse.

Principios para una Convivencia Pacífica

La construcción de un pueblo que desea vivir en paz, justicia y fraternidad, ha de fundamentarse en principios muy sólidos. El Papa Francisco, aludiendo a los grandes postulados de la Doctrina Social de la Iglesia, nos recuerda los principios que tienen qué ver con las tensiones que suelen vivirse en toda realidad social.

El tiempo es superior al espacio. El tiempo y el espacio son categorías a las que estamos sujetos todos los seres humanos. Sería una aspiración muy legítima llenar plenamente, de una vez por todas, nuestro espacio con la paz, la justicia y la fraternidad. Pero sabemos que esto no es posible. El tiempo disponible para lograrlo nos impone un

límite y, a menudo, nos causa desilusión por no haberlo conseguido. Ante esta situación, el Papa nos exhorta a darle mayor importancia al tiempo que al espacio. Obsesionarnos por conseguir resultados inmediatos que llenen todo nuestro espacio, y no lograrlo, nos lleva a la frustración. El tiempo, en cambio, nos permite trabajar a largo plazo, no porque esa sea nuestra estrategia, sino porque la naturaleza misma de estos valores no permite que se implanten de un día para otro. Asimismo, el tiempo nos dispone para soportar con paciencia las situaciones difíciles y adversas; nos permite iniciar procesos que ayuden a una vertebración más humana de la sociedad y más cristiana como creyentes, cuya realización plena se logra más allá del tiempo y del espacio. No esperemos, entonces, resultados inmediatos. Iniciemos procesos a mediano y largo plazo. No se puede afrontar un crimen «organizado» con una sociedad «desorganizada». Esto se logra con procesos y no con eventos desarticulados. Y para eso se requiere «tiempo». Por eso es más importante el tiempo que el espacio.

La unidad prevalece sobre el conflicto. Siempre existirán conflictos; más o menos graves, pero siempre conflictos. No se trata de ignorarlos, pero tampoco debemos ser prisioneros de ellos. Esto que puede ocurrir a nivel individual, resulta más grave si trasciende a las instituciones, ya que también se institucionalizaría el conflicto. Para superar esta situación es necesario resaltar todos aquellos factores que nos unen, más que resaltar aquellos que nos separan o crean los conflictos. No es que busquemos un sincretismo o una absorción de una de las partes, sino la resolución en un plano superior que conserva todo lo valioso de cada uno. Podemos percibir que, en la mayoría de los foros o mesas de diálogo que se dan en la sociedad, frecuentemente se ponen de manifiesto las pequeñas o grandes diferencias que hay entre las partes. Muy poco se abona en lo que se tiene en común. Por este camino será difícil construir la paz. Como cristianos, creemos que la paz es posible porque el Señor ha vencido al mundo y a su conflictividad, haciendo la paz por la sangre de su cruz, logrando así una reconciliación definitiva. El reto será armonizar las diversidades, supe-

rar el conflicto con una adecuada síntesis cultural, admirar la diversidad mediante un proceso de reconciliación. Las acciones que logremos en estos campos abonarán nuestro propósito de vivir en paz, justicia y fraternidad.

La realidad es más importante que la idea. La realidad social nos dice cómo está el mundo. Las ideas deben elaborarse. Cuando la realidad y la idea se olvidan de «dialogar», cada una sigue su curso y llegan a diversos destinos. La realidad nos seguirá mostrando lo más bravo de la naturaleza humana, mientras la idea se debatirá conceptualizando, definiendo, idealizando, distinguiendo, clasificando. Lo ideal es que la idea se concrete en la realidad, y que la realidad encuentre su comprensión en la idea. La pedagogía de Dios resulta admirable. Hace mucho tiempo la Palabra se hizo Carne. Esto es una realidad y, hasta la fecha, los cristianos seguimos profundizando esta realidad con las ideas. Los primeros cristianos, sin tener muchas ideas, tenían un modelo de comportamiento y un criterio de acción: el amor. Llevaron a la práctica ese criterio y, hasta la fecha, sigue siendo inspiración para elaborar homilias, catequesis, artículos, etc. Los santos, especialmente los mártires, vivieron y murieron en la realidad de su tiempo. Admirando lo que ellos hicieron, en la realidad, otros se encargaron de sistematizar y dar a conocer sus ideas. Todo esto confirma que, efectivamente, la realidad es más importante que la idea. Hagamos realidad lo que podamos, lo que esté a nuestro alcance, lo que permiten las circunstancias, pero... hagamos.

El todo es superior a la parte. El todo es más que la mera suma de las partes. La globalidad no debe olvidar su concreción en la localidad y la localidad no debe ser tan corta que olvide la globalidad. La localidad es causa o consecuencia de lo que ocurre en la globalidad y viceversa. Querer iniciar la construcción de la paz, la justicia y la fraternidad a nivel global es un buen deseo, pero la experiencia humana nos dice que funciona mejor si empezamos a trabajar en lo pequeño, en lo local, con un horizonte de globalizar estos valores. No todos estamos a la misma distancia para poder lograrlo. No todos tenemos la misma

cosmovisión de las cosas. Es necesario lograr la conjunción de todas las parcialidades desde la cultura, los proyectos grandes o pequeños y las propias potencialidades, buscando el bien común. El evangelio tiene todas las potencialidades necesarias para convertirse en un punto de referencia común, ya que contiene valores de humanidad que sobrepasan las barreras económicas, políticas, culturales y sociales. Por eso es la levadura capaz de fermentar a toda la masa. Hemos de luchar por esta causa. Impulsemos lo pequeño con tendencia a crecer y lleguemos a lo grande, a lo global, partiendo de las experiencias locales.

Nos queda claro, entonces, que la paz, la justicia y la fraternidad, siendo un don de Dios y una tarea de los hombres, implica trabajar a largo plazo, iniciando procesos que ayuden a construir una conciencia colectiva de comunidad, de pueblo. Debemos reconocer la realidad de los conflictos que enfrentan personas, grupos y pueblos, para transformarlos en fuente de comunión. El criterio seguirá siendo la realidad que nos muestra los avances y/o retrocesos de nuestro propósito. Será necesario armonizar los proyectos a nivel local, sin perder el horizonte de la globalidad. Sin duda requiere un diálogo fructuoso en todos los niveles sociales, los Estados, las ciencias, las religiones. Todo esto será el fruto de un auténtico desarrollo integral de todos.

La Fraternidad, Fundamento y Camino para la Paz

La fraternidad es una dimensión esencial del hombre que, siendo un ser relacional, lo lleva a ver y tratar a los demás como verdaderos hermanos. Sin la fraternidad, es prácticamente imposible la construcción de una sociedad justa y de una paz estable y duradera.

La familia sigue siendo la fuente de toda fraternidad, y por eso es también el fundamento y el camino primordial para la paz, pues, por vocación, debería contagiar al mundo con su amor. Es en la familia donde se aprende a vivir como hermanos, gracias a las responsabilidades recíprocas de cada uno de sus miembros.

Las variadas interdependencias que existen la sociedad moderna, nos lleva irremediablemente a replantear el tipo de relaciones entre las personas y las naciones. No pueden ser solamente relaciones económicas y políticas. Son, ante todo, relaciones humanas que, en esta aldea global, establecen los hermanos y hermanas que la componen.

El Papa Francisco, en su Mensaje con motivo de la Jornada Mundial de la paz 2014 (Fecha del 8 de diciembre de 2013), nos deja muy clara la importancia de la fraternidad: es el «fundamento y camino para la paz». Comentamos algunas de sus enseñanzas en esta línea.

La fraternidad es una vocación. Partiendo del relato de Caín y Abel (Gn 4,1-16) descubrimos que la humanidad lleva inscrita en sí una vocación a la fraternidad, considerando la visión bíblica de proceder de una sola pareja. Sin embargo, este mismo pasaje nos manifiesta también la dramática posibilidad de traicionar esta vocación. La relación entre los dos hermanos, Caín y Abel, se torna muy sombría. Las diferencias entre ellos, por su ocupación y por la predilección de Dios, engendra la envidia que lleva al asesinato. Constatar que vivimos una especie de egoísmo cotidiano, guerras fratricidas, injusticias de todo tipo, es constatar que estamos muy lejos de la fraternidad que Dios quiere. Es como escuchar nuevamente este «reclamo» de Dios: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9). Esta trágica realidad nos revela que el vínculo de comunión que unía a Caín con su hermano Abel queda olvidado.

Todos somos hermanos. Tratando de recuperar una fraternidad perdida, Jesús nos recuerda: *Ya que hay un solo Padre, que es Dios, todos ustedes son hermanos* (cfr. Mt 23,8-9). Desde esta perspectiva descubrimos que la fraternidad está enraizada en la paternidad de Dios, en su amor personal y concreto por cada ser humano. Este amor se convierte en el agente más asombroso de transformación de la existencia y de las relaciones humanas con los otros, abriendo a los hombres a la solidaridad y a la reciprocidad. En el fondo se ve la necesidad de la reconciliación con Dios y con los hermanos. Jesucristo lo ha logrado

por su sangre derramada en la cruz, constituyendo así una humanidad nueva, con nuevas relaciones sedienta de fraternidad. Esta es la razón por la que no podemos quedarnos indiferentes ante la suerte de los hermanos.

La fraternidad, camino para vivir en paz. Sólo entre hermanos se «siente» deber de solidaridad con el otro (hermano, grupo o nación). Sólo en una relación de hermanos es posible cumplir un deber de justicia social, de corrección, de caridad. La paz, conseguida por la solidaridad, es un bien de todos o no es de ninguno. En la paz solidaria se vence la pobreza no solo económica, sino la pobreza en las relaciones sociales que, en nuestra sociedad moderna, se manifiesta muy superficial. Sólo los hermanos pueden extinguir la guerra, ya que son más sensibles al diálogo, al perdón y a la reconciliación. Sólo entre hermanos se puede generar la paz social, puesto que crea un

equilibrio entre la libertad y la justicia, entre la responsabilidad personal y la solidaridad, entre el bien de los individuos y el bien común. Sólo los hermanos pueden trabajar y cuidar esta «casa común» que Dios ha puesto en nuestras manos.

En resumen. La fraternidad necesita ser descubierta, amada, experimentada, anunciada y testimoniada. Pero sólo el amor de Dios nos permite acoger y vivir plenamente la fraternidad. Indispensable será que la visión antropológica no olvide la dimensión trascendente. De otro modo, la política, la economía, las relaciones sociales, no pasarán de ser un tecnicismo privado de ideales, una lista interminable de promesas y unas relaciones comerciales o laborales. Faltaría el dinamismo interno que brota de lo más genuino del corazón humano: ser, sentirnos y actuar como hermanos. Esto nos llevará a construir un mundo más justo, solidario y en paz.

IV. LA PASTORAL SOCIAL EN LA PARROQUIA ¿CÓMO ORGANIZARLA?

En el Documento de Puebla, los obispos Latinoamericanos nos dan una orientación muy iluminadora en materia de la organización de la Pastoral Social: «*Para lograr la coherencia del testimonio de la comunidad cristiana en el empeño de liberación y de promoción humana, cada país y cada Iglesia particular organizará su pastoral social con medios permanentes y adecuados que sostengan y estimulen el compromiso comunitario, asegurando la necesaria coordinación de iniciativas, en diálogo constante con todos los miembros de la Iglesia. Las Cáritas y otros organismos que vienen trabajando con eficacia desde hace muchos años, pueden ofrecer un buen servicio*» (DP 478).

El texto anterior nos deja claro varias cosas: que la pastoral social necesita medios permanentes y adecuados. Que estos medios están para estimular el compromiso comunitario. Que, por existir muchas iniciativas en esta materia, es necesaria una coordinación. Que, siendo una ta-

rea de toda la Iglesia, es necesario estar en diálogo con todos miembros. Que existen diversos organismos que ya trabajan en esta línea y que la Iglesia particular debe determinar el modo de organizar esta tarea, ya que está en juego lograr la coherencia del testimonio de la comunidad cristiana. En torno a todos estos aspectos gira este contenido.

Nuestros Obispos nos Orientan

A nivel nacional, nuestros obispos nos sugieren algunos aspectos que, en general, abordan siete dimensiones desde donde se asume la pastoral social en nuestro país. Veamos:

Pastoral Social-Cáritas. Anima la pastoral de la caridad y la solidaridad de la Iglesia. Acompaña a las Cáritas Diocesanas, impulsa una pastoral integral para quienes viven con VIH y Sida. Promueve la equidad de género y acompaña las situaciones de emergencia ocasionadas por los desastres naturales y de emergencias sociales.

Justicia, Paz y Reconciliación – Fe y Política. Contribuye a la construcción de una sociedad más justa y solidaria, respetuosa de los derechos humanos, promoviendo la resolución pacífica de los conflictos y procesos de reconciliación, mediante procesos educativos y desde los valores del evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia, consciente del respeto a la dignidad humana y sus derechos. Además, anima el compromiso político de los cristianos para la transformación de México a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia, con incidencia particular en los procesos sociales de construcción de una cultura democrática.

Pastoral del trabajo. Anuncia en todos los ambientes el Evangelio del trabajo humano, que es «clave de toda cuestión social» e impulsa la economía solidaria y la pastoral de la tierra.

Pastoral Penitenciaria. Fortalece e impulsa el conocimiento del Evangelio con las personas privadas de su libertad y sus familias, promoviendo la formación y la capacitación de equipos dedicados a esta tarea.

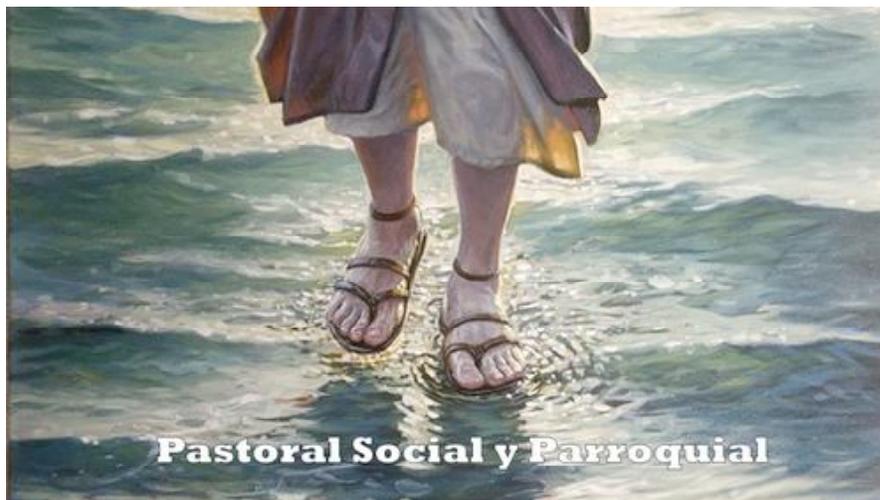
Pastoral Indígena. Impulsa y acompaña en las provincias y regiones eclesiásticas de México, con una evangelización inculturada de los pueblos indígenas, para que ellos sean protagonistas de su promoción humana, y de su desarrollo integral.

Movilidad Humana. Articula, organiza y fortalece la red nacional de Pastoral migratoria, para poder responder a la situación de tránsito, origen, destino, deportación, transmigración y trata de emigrantes e inmigrantes desde una visión integral, procurando abordar las causas para disminuir el flujo de la migración y la explotación de las personas.

Pastoral de la Salud. Promueve la organización de la salud en la comunidad y propicia la participación, desde la formación de agentes, el

estudio y reflexión de las exigencias de la bioética, la celebración del Evangelio en la salud y la fraternidad para fortalecer la red eclesial.

Estas «dimensiones» -así lo llaman a nivel nacional- equivalen a lo que, en nuestra diócesis,



le llamamos «vocalías». En el fondo se trata de aspectos que, en nuestro caso, consideramos necesarios para impulsar esta tarea pastoral.

Con términos similares en nuestras comunidades se busca hacer operativa la pastoral social, asumiendo tareas como la «caridad organizada», «pastoral social» o «cáritas», términos como se conoce el grupo que impulsa esta vertiente de la pastoral en nuestra diócesis, decanato o parroquia. Asimismo, se tienen en cuenta otros aspectos como la pastoral de los «migrantes» (Movilidad Humana), «formación social» (Doctrina Social de la Iglesia), «pastoral de la solidaridad» (promoción de grupos solidarios), «pastoral penitenciaria», «pastoral derechos humanos» y «pastoral de campesinos». La «pastoral de la salud» ha sido considerada como una dimensión o comisión especial, dada la importancia que ésta tiene en la atención a los enfermos y el personal médico.

En el fondo, estas dimensiones o vocalías son expresiones o concretizaciones de las tareas que la Pastoral Social asume en nuestra Iglesia Local, cuyo significado pastoral lo podemos describir a través de las siguientes notas:

Es un organismo eclesial. Así lo exige la naturaleza misma de la Pastoral Social. Son tan diversos los aspectos que deben asumirse, que requieren de la riqueza de carismas que se viven en los sacerdotes, religiosas(os) y laicos en todos los niveles de Iglesia.

Es una Instancia Pastoral. Es una comisión muy concreta de nuestro organigrama pastoral, ubicada en el área del «Triple Ministerio», y busca promover la pastoral social a través de las vocalías mencionadas, y las que necesiten promoverse en los distintos niveles de Iglesia. Participa en los mecanismos de comunión y participación existentes en nuestra diócesis (Asambleas, Consejos y Equipos en todos los niveles de Iglesia).

Es una Instancia de Comunión. Existe para contribuir a la pastoral de conjunto, operando desde su campo pastoral propio. Apoya los trabajos que en esta línea se impulsan en los decanatos y las parroquias.

Es una Instancia de Formación. Busca sistematizar los conocimientos que se van adquiriendo. Estudia los contenidos propios de su campo en todas sus vocalías. Elabora materiales y los divulga en los grupos y movimientos para orientar y apoyar las acciones en las diversas comunidades.

Cómo Iniciar

Impulsar la pastoral social en la parroquia es deber de toda comunidad eclesial. Es también una exhortación insistente de parte de nuestro obispo. Proponemos las siguientes consideraciones que, esperamos, ayuden a organizar esta tarea en nuestras comunidades.

Convocar a quienes ya realizan alguna obra. Nadie empieza de cero. Considerando los encuentros de la comisión de pastoral social a las parroquias, con motivo de la visita pastoral, en todas las comunidades hay personas que ya están desarrollando alguna acción. Son grupos de trabajo con mayor o menor número de miembros; más o menos integrados; más o menos formados; con programa o sin él; con acompañamiento o

como Dios les da a entender; con más o menos recursos. Pero allí están visitando enfermos, repartiendo despensas, ayudando a los migrantes, organizando eventos para sacar recursos, luchando por formarse, participando en los mecanismos de comunión y participación implementados en nuestra diócesis, etc. Todas estas personas serían los llamados a iniciar un proceso de integración del equipo o comisión de pastoral social en la parroquia.

Asociar a otros cristianos. Aunque algunas personas ya realizan alguna acción en pastoral social, nunca serán suficientes para impulsar todo lo que esta tarea requiere. También constatamos que, en la mayoría de las comunidades, existen personas e instituciones de todo tipo que desarrollan algunas acciones en favor de los demás. No necesariamente lo hacen en nombre de la Iglesia, pero lo que hacen es perfectamente compatible con el evangelio. Esta es una buena oportunidad para asociar a estas personas al equipo de pastoral social. Es muy bueno hacer una invitación personalizada, transmitiéndoles con claridad lo que pretendemos hacer. Tal vez no logremos involucrar a muchos, pero nuestro equipo parroquial, por lo menos, establecerá algunos vínculos con esas personas o instituciones y, eventualmente, realizaremos algunas acciones en común.

Actitudes necesarias para iniciar

La comisión o equipo de pastoral social, en todos sus niveles de Iglesia, tiene el propósito de impulsar la construcción del Reino de Dios en las realidades temporales, sin olvidar que la plenitud de ese Reino será en la parusía. Para lograrlo, es necesario tener algunas actitudes que a continuación señalamos.

Espíritu de conversión evangélica. Somos evangelizadores que reconocen la propia debilidad y, por lo mismo, descubrimos una gran desproporción entre nuestras capacidades y la misión que debemos realizar. Por eso será necesario vivir en comunión con Cristo, para luego transparentar esa comunión con los demás. El Espíritu del Señor es el agente principal de nuestro traba-

jo. Somos enviados y no protagonistas. Fue Dios quien tomó la iniciativa de confiarnos esta misión. La conversión nos llevará a confiar en Dios quien supera todo obstáculo humano.

No desalentarse. A nosotros nos toca sembrar la semilla y ésta crece por su propia fuerza (cfr. Mc 4, 26-29). Hay que confiar en que la semilla fructificará por sí sola a su tiempo. Basta sembrarla con valor, paciencia y perseverancia. Sin embargo, aunque la semilla tiene sus propias potencialidades, depende también de la calidad del terreno. No siempre tendremos respuesta favorable por parte de los agentes que invitemos y, desafortunadamente, nos causa sentimientos de desaliento y frustración.

No esperar frutos inmediatos. El Reino de Dios empieza siempre de forma sencilla y humilde. Sigue un ritmo oscuro, pero creciente de maduración, alcanzando unos resultados inesperados (Cfr. Mc 4, 30-32). Lo que importa es apoyar las acciones que ya se realizan, introduciendo nuevo entusiasmo y nuevos horizontes de nuestra tarea pastoral.

Animados para animar. El equipo de pastoral social parroquial no es el encargado de hacer la caridad, sino que es el organismo que anima a que toda la comunidad parroquial viva esta dimensión social de la fe. El éxito de la pastoral social no se mide por el número de proyectos realizados o por los abultados balances de ingresos y egresos. Ni siquiera se mide por el número de pobres atendidos, sino por la conciencia social que adquiere la comunidad cristiana, por la creciente coherencia entre la fe y la vida, por la participación activa e interesada de la comunidad en los proyectos que se impulsen.

Algunas Pistas de Acción

La primera comunidad cristiana logró que lo sociedad la percibiera como una comunidad de hermanos que se aman y se ayudan. El equipo de pastoral social está llamado a lograr que la parroquia proyecte esta imagen.

Si nuestros obispos, en Puebla, nos dijeron que cada Iglesia local ha de organizar su pastoral social con medios permanentes y adecuados, otro

tanto podemos decir de la Diócesis con respecto a las parroquias. Cada comunidad vive su propia realidad; tiene sus propios desafíos y afronta sus propias necesidades. Sin embargo, hay algunas cosas que todas las comunidades podemos asumir como medios para impulsar la pastoral social. Aquí damos algunas pistas.

Sensibilizar a la comunidad. Esto se logra informando sistemáticamente a la comunidad parroquial sobre las realidades de sufrimiento existentes en la parroquia, en el país y en el mundo. No se trata de dar a conocer solamente las necesidades, sino también las respuestas que se están dando, en la parroquia, la Diócesis y otras instituciones, para aliviar esos sufrimientos. Los medios para conseguir este propósito pueden ser el periódico parroquial (si lo hay), encuentros de información y formación, la campaña de la caridad, el visiteo de casas, apoyar iniciativas en favor de los demás, realizar proyectos comunes, etc.

Seguir la metodología del Buen Samaritano. Se trata de acercarse a los necesitados por medio de los ministros de la comunión, los encargados de manzana o de sector. Ellos son quienes descubren los rostros sufrientes de Cristo que nos interpelan para aliviar sus miserias. En un primer término probablemente solo contemos con «aceite y vino» para darle al herido, pero luego buscaremos otras instancias (el mesonero, el centro de salud, el médico voluntario, etc.) que ayuden a darle seguimiento para una atención integral.

Clasificar las necesidades. Cada sector parroquial, y la parroquia en su conjunto, deberán descubrir las necesidades de sus hermanos y, según el número y la gravedad de los casos, determinará las necesidades más significativas que se dan en la comunidad. Esto ayudará a impulsar aquellas dimensiones o vocalías que se vea necesario implantar.

Especialidad de los agentes. Aunque todos los voluntarios se identifiquen como agentes de pastoral social, es normal que no todos se inclinen por todos los aspectos que esto conlleva. Algunos agentes son más sensibles ante la reali-

dad de los enfermos; otros simpatizan más con la atención de los presos y sus familias; algunos se sienten realizados haciendo estudios socioeconómicos y llevando registros, etc. Un encuentro con todos los involucrados en las acciones de la pastoral social, ayudará a definir las «especialidades» de los mismos, y de este modo se encausarán agentes a todas las vocalías que se definan en la parroquia.

Vincularse con otros organismos. El equipo de pastoral social no tiene el monopolio del servicio

a los demás. Al interno de la Iglesia es necesario coordinarse con los mecanismos de comunión y participación como las asambleas, los consejos y los equipos. Se debe tener una representatividad en estas instancias. Es muy sano, y necesario, establecer relaciones también con otros organismos que no actúan en nombre de la Iglesia, sino que son organizaciones no gubernamentales (ONGs) o del gobierno mismo. Todas ellas, a través de su servicio, pueden ser instancias de colaboración para impulsar proyectos comunes en favor de los demás.

V. ¿QUIÉN IMPULSA LA PASTORAL SOCIAL?

PERFIL ESPIRITUAL DE LOS AGENTES

Todos los ámbitos de la pastoral requieren personas concretas que los impulsen. Estos agentes de pastoral requieren una formación, un perfil que les permita desempeñar adecuadamente su misión en todos los campos propios de su servicio pastoral. Se proponen los siguientes rasgos que definen los agentes de la pastoral social.

Sentido de pertenencia. Pertenece al pueblo. Es parte de él. Sufrir y goza con él. Felicita y enjuicia, según el actuar de Cristo, en la historia individual y comunitaria. No actúa como simple acompañante de la vida de cada persona, sino como el que vigila el misterio de iniquidad presente en la historia personal y grupal, y de las graves consecuencias que provocan.

Actualizado en las ciencias humanas y religiosas. Esto le ayuda a conocer la naturaleza de los fenómenos, a entenderlos mejor en su estructura y dinamismo, a medir consecuencias, a dibujar escenarios. Asimismo, le ayuda a descubrir estos fenómenos como signos de los tiempos en los cuales se manifiesta Dios que interpela, anuncia y denuncia. Se trata de una sagacidad evangélica y ascesis pastoral para saber captar y valorar esos signos de la presencia gratificante de Dios en las personas y en los grupos (valores, aspiraciones) y

de la presencia de Dios que enjuicia los aspectos negativos de su actuar. La caridad apostólica le ayudará a asumir las inquietudes de las nuevas generaciones: atención y esperanza de un futuro siempre nuevo y mejor que viene de Dios; las manifestaciones particulares de la presencia del Espíritu.

Integrado al Plan de Dios. No actúa dando «palos al aire», sino que tiene la conciencia de fe que le ayuda a descubrir la grandeza y la novedad del plan divino sobre el hombre, sobre cada hombre, siempre pobre y necesitado de liberación y de promoción; conciencia que sabe superar los angustiosos límites de todo proyecto humano. Sabe calcular la novedad de los proyectos y, a la vez, sabe armarse de una esperanza animosa, prudentemente temeraria, perennemente «enferma» de un sano optimismo y fielmente irreductible al dicho de «creer contra toda esperanza».

Creativo y fiel a Dios y al hombre. Dios es el Señor de la Historia. Su proyecto de salvación se manifiesta tanto en los signos cotidianos como en los grandes signos de los tiempos. En todos los proyectos pastorales se debe prestar una atención vigilante y crítica de aquello que la vida humana y cristiana hace florecer continuamente de bueno

y válido para la promoción del hombre. Atento, entonces, a los planes de Dios y a las aspiraciones de los hombres, para impulsar las acciones que manifiesten la fidelidad a ambos. Se trata de personalizar los proyectos señalando etapas y metas alcanzables y en progresivo proceso de maduración. Esto permitirá luchar contra una tendencia maximalista que quisiera ver todo realizado rápida y plenamente; y contra todo minimalismo que se limitara a fijarse objetivos y metas al alcance de todos sin el mayor de los esfuerzos.



Coherente en su fe. Se esfuerza por integrar la fe u la vida. Un proyecto pastoral, para ser creíble a los interlocutores de esta acción, debería ser realizado, al menos imperfectamente, por el mismo animador de la pastoral social. Es el testimonio del apóstol el que arrastra. Es su comportamiento el que tiene la fuerza de atracción. Esto nos recuerda lo dicho por el Papa Francisco de que la Iglesia crece por atracción y no por proselitismo.

Integrado a la pastoral orgánica. Se refiere a una espiritualidad decididamente de comunión y participación. Si se quiere actual eclesialmente, es necesario vivir y trabajar en comunión, fraternidad, corresponsabilidad y solidaridad. Todo esto en el cuadro de la pastoral orgánica de la Iglesia Local. El animador deberá tener un vivo y generoso sentido eclesial que lo haga comprender tanto las formas concretas y los valores irrenunciabile en los cuales se construido ayer, como las formas nuevas, las promesas y esperanzas germinales en las cuales la Iglesia se expresa hoy y se expresará mañana.

Consciente del Pluralismo Cultural. La exigencia de plantear una acción pluralista es necesaria para alcanzar potencialmente a los

más alejados. Necesario también es recurrir a métodos pluralistas, de tal manera que logren llegar a todos los ambientes en los cuales nos movemos.

Valentía para verificar y rectificar. Es parte de la dinámica de una pastoral planificada. En la acción pastoral vienen contemplados momentos de verificación y eventuales rectificaciones en las actividades apostólicas. El agente sabe mirar de frente la objetividad de la situación; no minimiza o esconde los aspectos deficientes, las eventuales equivocaciones y las posibles derrotas; admite las propias responsabilidades en los errores y fracasos; evita atribuir a los demás las posibles derrotas.

En conclusión, una actividad que quiera ser auténticamente pastoral, es decir en la línea de servicio de Cristo al hombre, implica una mística apostólica extremadamente exigente, porque debe ser radicalmente fiel al actuar constante del Espíritu del Señor Jesús en las conciencias, en los acontecimientos y en la historia.

Tal actual es siempre misteriosos, nuevo e imprevisible, siempre victoriosos y siempre total de parte de Dios mismo, como él mismo lo revelado en Cristo.

La mística del apóstol es difícil y extremadamente fatigosa, precisamente porque debe recorrer la misma vía del Señor, en quien cree, para el cual vive, da testimonio y anuncia.

Atención a la Salud Integral de la Tercera Edad



«Sentimos sobre nosotros sus ojos fijos implorantes, brillantes por la fiebre o abatidos por la fatiga, miradas interrogantes que buscan en vano un por qué del sufrimiento humano y se preguntan ansiosamente cuándo y de dónde vendrá el consuelo».

(Mensaje del Concilio Vaticano II a los enfermos)

INTRODUCCIÓN

Es nuestro anhelo como comisión de Pastoral de la Salud Integral, presentar un rostro humano de la enfermedad inspirados en el pasaje emblemático del buen samaritano al que estamos llamados todos a imitar. Nos dice el Obispo de Roma Francisco «No podemos ignorar que en las ciudades fácilmente se desarrolla el abandono de ancianos y enfermos. Al mismo tiempo lo que podría ser un precioso espacio de encuentro y solidaridad, frecuentemente se convierte en el lugar de la huida y de la desconfianza mutua. Vivir a fondo lo humano e introducirse en el corazón de los desafíos como fermento testimonial, en cualquier cultura, en cualquier ciudad, mejora al cristiano y fecunda la ciudad» (EG 75)¹.

Es además eje inspirador en nuestro trabajo el pensamiento de Karol Wojtyła con su filosofía personalista llevada a la formación del dicasterio de Pastoral de la Salud que inició el 19 de Enero de 1986 de manera oficial. Esta comisión busca estimular y promover la labor de formación, de estudio y de acción desarrollada por las 117.000 organizaciones internacionales católicas que existen en el mundo para brindar asistencia sanitaria².

Esta comisión, nace primero como vocalía en el 2006 cuando el entonces Sr. Obispo Javier Navarro pide se encargue de esta encomienda al Pbro. Salvador Martín. Nos ha tocado ver crecer

como se ven crecer los niños. Al inicio, parece que la vida es sencilla, no sabemos cómo comenzar a andar, titubeamos pero con gran esperanza de crecer y así lo hemos visto después de los primeros años de tanteo, de explorar este bosque inmenso que es la pastoral en general, hicimos camino de la mano de Pastoral Social con quien nos sentimos muy identificados. El señor poco a poco nos fue privilegiando hasta ver la necesidad de formarnos en Comisión.

El reto que se nos presentó desde el principio fue, iluminar el inicio de la vida, el continuar la vida para que tenga sentido. Fue darle también sentido al dolor y al sufrimiento. La tarea ha sido siempre reconocer la salud, no como ausencia de enfermedad, sino como prevención o educación para la salud. Para esto fue necesario darle un estilo nuevo a la salud, a la vida cuando esté cansada, cuando parece que no tiene sentido. Hoy queremos darle atención al tema de los ancianos. La última etapa, la etapa de la vida que si la sabemos preparar antes, puede ser maravillosa y dar muchos frutos.

Decía Tertuliano que el hombre sano ama y trabaja, nosotros anhelamos una Pastoral de la Salud en donde se sirve con amor. Una búsqueda de la salud que incluye la fe y por ende una experiencia de lo Sagrado. El alma tiene que ver algo con la Salud física. Ante el mal físico que se padece, en su raíz algo no está bien. La importan-

cia de la Fe en un proceso curativo (Jesús primero perdona los pecados y luego hace que camine el paralítico. Mc 2, 1-12). *A Jesús no es posible entenderlo sólo con la cabeza: quien quiera saber algo de él debe lanzarse al congenial modo de conocimiento de la mística*³ Hay que devolverle a la Biblia su propia voz mediante un acercamiento con extrañeza, para que sea la escritura un rayo de luz en medio de la noche oscura del sufrimiento. sin eliminar lo inquietante de sus diversos relatos, preguntarse por la contribución que los textos pueden hacer hoy día desde sí mismos, dónde radica su importancia y en qué pueden enriquecernos, revelarnos nuevos aspectos y mover de verdad al cristianismo.

Hay que partir de la Alteridad para que no seamos nosotros quienes sometamos el texto a crítica y lo amoldemos a nuestras necesidades, sino que el texto nos someta a crítica a nosotros. Esta Alteridad es una provocadora riqueza que nos permite percatarnos de lo que nos falta. No buscamos encontrar en ella teorías de ayuda existencial en boga. Debe volver a ser inmanejable, inútil desde el punto de vista teórico.

La verdad de la Biblia es una clase de verdad que aflora en una historia de amor. *En una historia de amor, uno dice: 'Esta mujer o ninguna'. De modo análogo, en la Biblia se trata de este Dios o de ninguno como lo reconoció el justo Job. Debemos empequeñecernos nosotros ante los relatos: eso es lo que se llama humildad». No es dejar a un lado de la puerta la razón, sino llevarla con nosotros y reconocer sus límites. Sólo nos queda el asombro. Esto solo se logra visitando la habitación de la mística.*

Nos introduciremos a la casa con varias habitaciones comunicadas entre sí: la de las ciencias exactas, la de la sabiduría, la del arte y la de la

mística, entendida como lo oculto, lo invisible, lo no evidente para el entendimiento. Decir mística no es hacer referencia a lo privado, a lo enfermizo o subjetivo, sino aceptarla como una dimensión autónoma de la realidad. No son fenómenos marginales, sino que pasan a ocupar un lugar central. En nuestra vida vivida debe estar el contacto con

el camino vital de Jesús. El llegar el enfermo a lo eternamente auténtico.

Es necesario ver en nuestra reflexión sobre la salud como prevención de enfermedad la vida de la fe. Esta fe y la experiencia de Dios, se traduce en alegría y armonía (Filón de Alejandría)⁴. Así mismo para que exista una vocación sana debe existir un hombre sano (Lemercier)⁵.

Una auténtica vocación, acompañada de una camino de sanación que ayude a resolver algunos rasgos neuróticos que dificultan una vida sana en las personas. El acompañamiento psicológico saca lo mejor de las personas, quienes crecen en todos los aspectos. A través de la terapia se resuelven muchos conflictos que redundan en una mejor vocación, una mejor oración y una mejor vida de comunidad.

El hombre sano, integrado es aquel que vive una experiencia sana hacia los demás y hacia arriba. Será posible leer el evangelio, a los Padres de la Iglesia y el magisterio desde la óptica de la terapia. Esta experiencia de lo sagrado a la que se invita a toda persona, lleva a vivir contemplativamente. Lo que representa curar, es en nivel místico. Como puede apreciarlo en la sierra del Nayar: los huicholes no buscan la salud sino en un ambiente sagrado.

En última instancia a través de este material deseamos crear un paradigma para todos los que



estamos al cuidado de la salud de las personas, en el ámbito físico, emocional o espiritual: Ver ya no la enfermedad, sino al enfermo. El enfermo tiene rostro, se levanta, se agacha, se incorpora. Llegar a la esencia de la enfermedad.

Cómo no descuidar jamás la Ética médica, la medicina y su sentido moral⁶. El autor con todo su acervo filosófico, antropológico, y hasta teológico llega a una visión crítica de la teoría social.⁷ Llega a través de su método a una concepción más sensata de la medicina, una concepción de enfermo humores desequilibrados para el mundo griego, el que no tiene proyectos para el mundo hebreo y a nosotros que nos queda decir: llegar a un nuevo concepto de terapia y de enfermo. El enfermo no una parte de la sociedad sino la sociedad misma.

Nuestro fin es que las personas enfermas vuelvan a lograr resiliencia⁸. Las personas enfermas postradas, situación de aprieto. Habrá que revisar el sistema de representación en la infancia. Casi siempre un mapa genético adverso. El ser humano necesita una base afectiva que le dé seguridad y un mundo exterior capaz de estimularlo. Proyecto de existencia = felicidad contra las drogas como bienestar momentáneo, paraísos ficticios.

Nos hemos atrevido a buscar el concepto de hombre que no está en la medicina oficial. Intuimos encontrarlo en la Filosofía personalista. Con ella trabajamos al llevarla a la terapia o a la atención a las personas con males físicos o espirituales. En este ensayo describimos un concepto cristiano de la enfermedad y de acompañamiento con el enfermo. Invitación teológica de ver en el enfermo a Cristo⁹. En la enfermedad se encuentra un crisol. Se saca de ella algo bello que de otra manera no se hubiera logrado. Cristo en el enfermo como lectura.



Con esta visión queremos problematizar con la ciencia: no todo lo que se dice de la enfermedad en término clínico es lo que hay que entender. La narración del enfermo, dejémoslo hablar. Como decíamos anteriormente: mirar no tanto la enfermedad sino al enfermo. Entender el hombre en el contexto en que vive. Manifestaciones como estilo de vida que hay que desenmascarar. Concepción de vida - concepción de enfermedad, lleva a problemas de salud.

El concepto de hombre, concepto de felicidad y concepto de realización, habrá que construirlos. Un hombre creyente sabe que en el fondo, se vive como si Dios no existiera. He aquí la necesidad de una cercanía más evangélica con el enfermo. No relegarlos a morir de manera tan fría. Atenderlos en un clima de comunidad creyente. El miedo a la muerte es el miedo a la soledad en que se muere. Hay una comunidad que te acompaña, esto no asustaría tanto. Ya no estarás solo, le dice Jesús con la mirada al enfermo que se encuentra frente a la piscina de Betesda: Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua... (Jn 5, 1-17).

Construir un concepto de hombre: Ser-hombre-de-fe en un mundo incrédulo...

Ese hombre, llegará un día a ser anciano, para ello buscamos su reinserción social, ante esta cultura del descarte. Ellos son quienes aportan la historia, son fuente de experiencia, son una de las mejores guías y de quienes podemos recibir el buen consejo. Anhelamos preservarlos en la guía y la convivencia, sabedores de que la esperanza de vida va en aumento. Queremos volver a verlos en nuestras fiestas. Pensamos aquí también en los consagrados y consagradas que envejecen. Como en antaño volver a la religión como soporte espiritual en el anciano, pero que tengan su protagonismo como grandes conciliadores y activistas sociales.

I. LA VIDA HUMANA, SALUD Y ENFERMEDAD

La vida humana es sagrada. La vida humana en su desarrollo y finalidad está unida a la verdad de su experiencia, a la bondad de su naturaleza, a la belleza de su presencia. La vida humana encuentra su expresión real y simbólica en el cuerpo humano, lugar único donde la existencia espiritual se encarna en el tiempo y en el espacio.

El cuerpo humano se presenta a sí mismo con un carácter de vulnerabilidad, de exposición al entorno y de innegociable dignidad. El cuerpo es frágil; el ser humano puede desfallecer y fracasar: una distracción, un desánimo, un error... La enfermedad y la indisposición lo acompañan como posibilidades permanentes. Este delicadísimo instrumento puede desequilibrarse, sufrir e inevitablemente morir.¹⁰

El cuerpo, esa sustancia turbulenta, vulnerable, incesantemente cambiante, patética e infinitamente conmovedora es una incomprendible «zona» entre yo y el mundo. Mi cuerpo no me pertenece como un objeto, sino «como si fuera una parte de mí»; y es al mismo tiempo una parte del mundo externo. Pensemos en una amputación, por ejemplo: mi mano amputada es «mi mano», pero ya no está «en mí» como una parte de mí. Las conclusiones de lo anterior son importantes: mi cuerpo no es un objeto mío ni del mundo exterior, es, como dijimos, una «zona» misteriosa y sagrada intermedia en un horizonte de libertad y por tanto expuesto a mi propia manipulación y a la del mundo externo, en particular de otro ser corporal.¹¹

Un dato real de su condición vulnerable lo constituye la enfermedad. Los enfermos de todos los tiempos se hacen las preguntas que brotan

espontáneamente desde toda enfermedad grave: «¿Por qué?, ¿por qué yo?, ¿por qué ahora?».

El poeta Octavio Paz expresa así su encuentro personal con la enfermedad: «Y cuando me disponía a volver a mis quehaceres la no invitada, la enfermedad, golpeó a mi puerta. Abrí y ella, sin decirme nada, me miró con una mirada que me traspasó pero que no puedo definir: no era cólera ni piedad ni siquiera indiferencia».

Jesús de Nazaret no solamente trae un mensaje; Él es también el Salvador, el *Christus medicus*. Jesús, el poeta de la misericordia de Dios, hablaba con parábolas, pero también con hechos.¹² El Papa Benedicto XVI nos convoca a los católicos a mostrar con mayor claridad el carácter terapéutico de nuestra fe, porque en

la vida de Jesús se manifiesta con claridad la relación entre curación y salvación.¹³

En el mundo de la enfermedad se concentra mucho del sufrimiento del género humano, también muchas de las injusticias y de los atentados contra la dignidad de las personas.

Los enfermos son *verdaderas catedrales* del encuentro con el Señor Jesús,¹⁴ en ellos el sufrimiento humano es una experiencia especial de la cruz y de la resurrección del Señor.¹⁵ Queremos ayudarles con este subsidio a no responder a la enfermedad en términos de resentimiento y a procurar alcanzar la salud sin prisas y con serena confianza en la Providencia.

Medicina y sistema sanitario están demasiado orientados al tratamiento de la enfermedad, y la mayor parte de los estudios y avances giran en la



órbita de la enfermedad, en lugar de orientarse a la promoción de la salud.¹⁶ Nosotros en la vocalía de *Formación* nos dirigimos en lo fundamental a este objetivo: a promover la salud en todas sus dimensiones. A los médicos, hombres y mujeres con una misión hermosa y delicada a la vez, invitamos a leer con un espíritu abierto este subsidio y así no confiar sólo en sus técnicas y conocimientos, sino en el poder curador del amor al prójimo.

El famoso artista español, *Ramón*, dibuja a médicos muy humanos que saben incorporar a los pacientes en el proceso de su propia salud. Los médicos, son para el artista, además de facultativos competentes, agentes de humanización.¹⁷

Así vemos nuestra misión en el drama humano de la enfermedad, como una labor de humanización; en resumen, de transformar la angustia en esperanza, el dolor en fermento de alegría en el Resucitado.

II. EL MUNDO DE LA ENFERMEDAD

Un antiguo proverbio dice: «No hay enfermedad, sólo hay enfermos»; ello quiere decir que la experiencia de la enfermedad nunca es idéntica de paciente a paciente, cada uno la sufre de acuerdo con su única e irremplazable individualidad.¹⁸ Es en este punto crucial donde la relación paciente-médico adquiere su verdadera dimensión e importancia; la tarea intelectual del médico debe ser doble: entender la enfermedad y entender al paciente. El encuentro con el enfermo constituye un reto; la enfermedad se manifiesta con síntomas y signos, pero estos no hablan por sí mismos, le corresponde al médico dotarlos de algún sentido y esta atribución es un proceso subjetivo restringido por el conocimiento, la experiencia y la habilidad del facultativo.¹⁹

Es sabido que en la medida en que la medicina se va haciendo cada vez más precisa, más cuantitativa y, en una palabra, más científica, el enfermo se va sintiendo más y más solo.²⁰ Para el médico el hospital es su lugar de trabajo, mientras que para el paciente y sus familiares, es casi siempre un recinto de dolor y, tal vez, el escenario del final, de la muerte. En este sentido, la enfermedad y la muerte son compañeros añejos, perpetuos e imprescindibles.²¹

La milenaria relación entre el médico y el paciente, se reduce cada vez más, a una mera transacción económica. Ello ha acontecido por

causa de la desacralización en la relación médico-paciente. La cama del paciente es territorio sagrado: el espacio donde un ser humano puede tocar, palpar, manipular, auscultar a otro- actos que fuera de este contexto pudieran incriminarse como delictuosos- con un fin puramente altruista, al que nadie pudiera imputar falta, crimen o maldad.²²

En este sentido la medicina no es en sentido estricto una ciencia, sino, en principio y al final, una relación entre dos seres humanos.²³ Podríamos decir que se trata sin duda de *un arte*. Un arte que puede conservar como un misterio la posibilidad de una feliz inversión: que el paciente se convierta en *médico del médico*. Siempre habrá algún enfermo comprensivo y dispuesto a ayudar a su propio doctor, ya que el mismo médico está sujeto a los sufrimientos físicos, morales y espirituales. Esta feliz posibilidad puede ser aún más real en la medida en la que el médico no idolatre la ciencia médica ni le atribuya méritos excesivos ni deposite en ella confianzas desproporcionadas.²⁴

Por último, señalamos que algunas enfermedades, sobre todo las contagiosas, estigmatizan a las personas y a sus seres queridos (pensamos por ejemplo en el VIH o SIDA), en este sentido un rumor unido a una discriminación daña tanto o más que una enfermedad.

III: EL LENGUAJE DEL DOLOR

Todas las personas tienen una doble ciudadanía, en el reino del bienestar y en el reino de la enfermedad.²⁵ En el reino de la enfermedad aparece siempre el dolor. La experiencia del dolor es a la vez una experiencia privada e intransferible, *mi dolor lo vivo sólo yo*, y es también una realidad pública: el sufrimiento atrae la mirada del otro.²⁶ Frente al dolor existe un lenguaje de *ida*, las palabras del enfermo, y un lenguaje de *venida*, la respuesta del médico o de quien está cerca; pero a veces las palabras consoladoras que recibe el enfermo son más bien instrucciones que pretenden ser remedios.

El dolor tiene su propio lenguaje, sus palabras están muy cerca del lenguaje de la poesía, de la metáfora. La metáfora es un lenguaje indirecto que busca encontrar un sentido más profundo, es decir, ir más allá de las palabras para acceder a la realidad más profunda. Como pensaba Paul Ricoeur la metáfora «dice algo nuevo sobre la realidad». Los poetas saben que el mundo es un lugar donde el corazón siente y sufre de mil formas diferentes.

La palabra poética está dotada de unas virtualidades expresivas de las que carecen las simples palabras del lenguaje ordinario y aun de las que intentan delimitar los conceptos más abstractos de la ciencia. Gracias a su naturaleza metafórica, el lenguaje poético le sirve al hombre para sugerir realidades cuya experiencia desborda los datos claros precisos de su conciencia. Son experiencias fuertes, amorosas (y dolorosas) que arrebatan al sujeto más allá de lo normal y que

resultan tanto más difíciles de comunicar cuanto más intensamente le conmuevan.²⁷ Hay cosas que no pueden ser expresadas de otra manera. Un enfermo no posee el lenguaje científico para compartir su estado de dolor, por otra parte tampoco lo necesita en sentido estricto. El lenguaje poético busca traducir la experiencia de dolor en un significado claro y preciso; en principio está lejos de ser una explicación, una teoría.

Un enfermo no diría, por ejemplo al referirse a la pérdida de control de una de sus piernas, «tengo

una afectación neurológica en una extremidad», sino, tal vez como en verdad lo dijo alguien que sufría esa enfermedad: «Mi pie se divorció de mí». El enfermo no busca ser «poeta» ni hacer «poesía», es solo que el cuerpo «habla» en un lenguaje que le es propio y familiar.

En cuanto a hacer

hablar al dolor, mover y localizar su dolor, es un arte muy difícil de practicar y que no se encuentra en los manuales médicos.²⁸ Asimismo, no resulta fácil corresponder con un lenguaje asertivo a las demandas de sentido de un enfermo, de hecho frente a la enfermedad el espíritu humano busca construir una reflexión, ofrecer un significado filosófico y religioso. Los argumentos filosóficos, sin embargo – decía Epicuro – que no constituyen un tratamiento terapéutico para el sufrimiento humano son vacuos.

El dolor tiene en sí mismo un significado positivo, el dolor dialoga, la muerte no. El dolor, lejos de cuestionar a la vida sensible, se coloca en sus horizontes y se refiere al gozo de vivir. El



dolor es una experiencia humana que no contradice las sensaciones de placer y de felicidad propias de la existencia natural de una persona; y ello aunque la sensación más intensa hasta el punto de borrar las otras experiencias, la experiencia del dolor físico agudo, es al mismo tiempo la más privada y la menos comunicable de todas.²⁹ El dolor permite apropiarse de un pedazo de vida para seguir viviendo. Un famoso enfermo, Alphonse Daedet (1840-1897) decía: «Dolor, has de serlo todo para mí. Deja que encuentre en ti todas esas tierras extranjeras que no me dejaras que visite. Sé mi filosofía, sé mi ciencia». El dolor asumido con humildad y con valor es también un sentido para seguir viviendo: «El dolor es ciego, es crudo. La única solución para aliviarlo es la muerte. ¿Qué por qué no me suicido?, me preguntan. No lo hago porque aún tengo cosa que decir. Por ejemplo, decirle al dolor que mi muerte será su derrota».

El dolor no vence a la esperanza, el dolor nunca es la última palabra. José Luis Martín Descalzo, sacerdote y poeta español quien sufrió mucho los últimos años de su vida escribió: *Nunca podrás, dolor, acorralarme. Podrás alzar mis ojos hacia el llanto, secar mi lengua, amordazar mi canto, sajar mi corazón y desguzarme. Podrás entre tus rejas encerrarme, destruir los castillos que levanto, ungir todas mis horas con tu espanto. Pero nunca podrás acobardarme. Puedo amar en el potro de la tortura. Puedo reír cosido por tus lanzas. Puedo ver en la oscura noche oscura. Llego, dolor, a donde tú no alcanzas. Yo decido mi sangre y su espesura. Yo soy el dueño de mis esperanzas.*³⁰

En un primer momento la vida es alegría de vivir, exuberancia, agilidad, flexibilidad; en un segundo momento, la vida encuentra obstáculos, ha de enfrentarse con el dolor. Al hombre le cuesta aceptar simultáneamente las dos como dimensiones de la vida: quiere la alegría, rehúye al dolor.³¹

El dolor es un extraño árbol que produce muy diversos frutos según la tierra en la que se planta. En algunos enfermos es una misteriosa bendición, en otros es una siembra de sal amarga.³² Es

verdad que a muchos la enfermedad sólo les conduce a la misma enfermedad, a girar y dar vueltas en torno de sí mismo, reduciendo toda la sustancia de su vida a permanente lamentación.

En el origen, tenemos un ser pleno, un ciudadano del paraíso. Nuestra voluntad anhela el bien y la felicidad, el amor y la paz, la salud y la plenitud. El amor a la vida no ama el ser, sino la felicidad de ser.³³ Esta felicidad se encuentra (no se enfrenta) con la realidad de que somos seres inteligentes y sensibles. Nuestra sensibilidad es inteligente y nuestra inteligencia es sensible, y se constituyen en un solo acto.³⁴ Nuestra inteligencia *sentiente* está expuesta al sufrimiento y al dolor y tiene la capacidad de encontrarle sentido y dirección, es decir, superar el desafío de la enfermedad con una filosofía de la vida.

El olvido de la relación entre la filosofía y la medicina, tan apreciada por los sabios antiguos, ha provocado mayores sufrimientos en los seres humanos. Al colocar todas las esperanzas en la medicina, se echa al olvido el poder curativo de las palabras y de la sabiduría de la reflexión sobre la vida.

La terapia filosófica buscaba, ante todo, evitar el caer imprudentemente en la enfermedad; pero también dar al enfermo (de alguna inevitable enfermedad, por ejemplo, fruto de accidentes o de la herencia), palabras justas y propias para alentar esperanzas realistas y sensatas.

Decía Musonio Rufo, sabio que vivió en el año 100 d.C.: «Tenemos que atendernos sin cesar si queremos vivir una vida saludable». Se trataba de prestar siempre atención a uno mismo, volver siempre la mirada hacia sí mismo. El cuidado de sí mismo tal como lo describe la filosofía, es para Séneca, el filósofo romano, una operación médica. Es muy interesante notar que la noción de «terapia» en griego significa tres cosas: cuidarse, ser servidor de sí mismo, y rendirse culto.³⁵ En otras palabras: amarse.

Amarse significa en un primer sentido dar efectiva importancia en la vida a lo que la tiene, y en la medida en que la tiene, y de quitársela a lo que no la tiene. Una de estas realidades de la

vida que tiene importancia es la salud; la salud como realidad trifásica: de cuerpo, de mente y de espíritu.

En este cambio de época, también cambia la manera de plantearse las preguntas fundamentales de la existencia. En particular existe una diferencia en el modo de plantear la pregunta acerca del dolor en esta sociedad post-moderna y tecnológica. Antes se interrogaba sobre la ex-

periencia del dolor, hoy se interroga sobre la experiencia *como* dolor.³⁶ En otras palabras, la existencia misma se percibe como dolor, como angustia general. Sólo la fe en Dios puede devolvernos el sentido auténtico de nuestra vida y dotar de sentido a nuestros sufrimientos. En el fondo, el deseo de sanar es una manifestación pura de la sed del infinito, del deseo de Dios que todos, lo aceptemos o no, llevamos dentro.

IV: JESÚS DE NAZARET, EL HOMBRE SANO

Nos referiremos en este apartado, a un modelo de salud, a Jesús de Nazaret, quien llega de un vuelo espiritual a una realidad cósmica; de esa interdependencia entre su naturaleza divina y su encarnación en un cuerpo como el nuestro: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; y contemplamos su gloria, gloria cual unigénito procedente del Padre: lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14). Lo vemos acompañado de las leyes del proceso natural que lo rodea, ante el movimiento de la tierra y de todos los astros que miden la vida. Estaciones, fases lunares, día y noche, mismas que van articulando la vida.

Nunca los evangelistas refieren alguna enfermedad del maestro. Equilibrado, de complexión sana. En medio de su vida de apostolado su cuerpo parece responder sin debilidad. Su tarea se iniciaba muy de mañana y pasaba noches en oración. El frescor de su espíritu lo refleja en el amor que siente por la belleza de la naturaleza, los lirios del campo, los pájaros del cielo, la candidez con los niños.

En sus parábolas nada insinúa un espíritu cansado y pesimista; al contrario, su alma tersa sabe contemplar al padre siempre obrando en la vida

de las almas dóciles. Se observa en sus palabras a un hombre sabio, maestro de los que reciben con alegría la verdad.



de las almas dóciles. Se observa en sus palabras a un hombre sabio, maestro de los que reciben con alegría la verdad.

Lo vemos aún en los momentos más duros como fue en la pasión, con un espíritu equilibrado. En el huerto de los olivos le llega un gesto depresivo y en el momento en que es confortado por el ángel, lo enfrenta todo. En el desenlace de su vida dueño de sí ante los

acusadores. Al perdonar en la cruz a los enemigos expresa la paz interior de su espíritu.

Un hombre que tiene como hilo conductor una vida amorosa, que constituye el fondo biológico para el desenvolvimiento de su existencia espiritual. En él se dio el embate y la fuerza de su situación carnal pues también fue tentado: «entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado (Mt 4,1-11).

Jesús es salud, por consecuencia, un hombre sano, ningún germen suyo provocaría la enfermedad, aunque como humano estuvo expuesto a ella. El sanador herido como le suelen llamar algunos, dejó en aldeas y caseríos de Palestina la huella de la salud, «curando a enfermos, expul-

sando demonios y liberando a las gentes del mal, la indignidad y la exclusión»³⁷. Vemos que a su lado los enfermos recuperan la salud, los poseídos son liberados. A quienes se les tenía en la periferia, él los coloca en el centro y los hace mirar una vida nueva, más sana y fraterna, una vida que los hace sentirse enteros, recuperar su peso justo.

El pueblo judío concebía a Dios como un Dios justo y Jesús nos presenta un nuevo paradigma, nos presenta a un Dios de los que sufren. El evangelista Lucas quien era médico (Col 4,14), nos presenta en Jesús a un Dios uno con los desgraciados: El buen samaritano (Lc 10,25-37), la parábola de la oveja descarriada (Lc 15,1-10), del hijo pródigo (Lc 15,11-32), camino a Jerusalén sana a diez leprosos (Lc 17,11-19), a un ciego en Jericó (Lc 18,35-43), la pecadora que unge los pies a Jesús a quien se le perdona mucho porque ha amado mucho (Lc 7,36-50). Sin duda es esta empatía y compasión ante la enfermedad lo que hace de Lucas el mejor biógrafo de Jesús. El descubre que Jesús cura³⁸. Se da cuenta que lo hace a través de la palabra y del tocar, ante el hombre lleno de lepra, quien cayendo sobre su rostro, le rogó diciendo: «Señor, si quieres me puedes limpiar. Y extendiendo la mano, le tocó, diciendo: Quiero, sé limpio. Y al instante la lepra desapareció de él» (Lc 5,12-16).

Jesús nos sorprende en estos pasajes al referirnos sin ninguna duda: lo que a Dios le preocupa es el sufrimiento de los más miserables, lo que lo mueve a actuar es su amor compasivo; el Dios que quiere reinar, es un Dios que sana, recorría Galilea... curando toda enfermedad y dolencia en el pueblo (Lc 6,18ss). La mirada de Jesús se dirige a los que sufren la enfermedad o el desvalimiento y anhelan la vida y salud. Ante esto nos refiere bien San Juan: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). La vida en abundancia es la eterna, sin embargo la podemos comenzar en esta.

La enfermedad no es solo un hecho biológico, sino también un hecho biográfico y cultural. Al mismo tiempo es una experiencia que el enfermo interpreta. «Los enfermos a los que Jesús se acerca padecen dolencias propias de un país pobre y subdesarrollado: entre ellos hay ciegos, paralíticos, sordomudos, enfermos de la piel, desquiciados. Muchos son enfermos incurables, abandonados a su suerte e incapacitados para ganarse el sustento; viven arrastrando su vida en una situación de mendicidad que rosa la miseria y el hambre. Jesús los encuentra tirados por los caminos, a la entrada de los pueblos o en las sinagogas, tratando de conmover el corazón de la gente³⁹». Los enfermos se sienten excluidos, incapacitados para vivir como los demás hijos de Dios.

V: LA REFLEXIÓN DE LA IGLESIA SOBRE EL ENFERMO Y EL ANCIANO

Un pueblo que no respeta a los abuelos es un pueblo sin memoria y por tanto sin futuro. Ellos Son venerables y ejemplos de perseverancia en la fe hasta el final, como no lo recuerda el pasaje bíblico del anciano Eleazar en el libro de los Macabeos (Mac 6,18-31), que eligió el martirio por coherencia con su fe en Dios y para dar un testimonio de rectitud a los jóvenes. En vez de cuidarse a sí mismo piensa en los jóvenes, en lo que su acto de valentía les dejará como recuerdo.

Aquí observamos la coherencia de este hombre anciano, la coherencia de su fe, pero también

la responsabilidad de dejar una herencia noble, una herencia verdadera. Nosotros vivimos en un tiempo en el cual los ancianos no cuentan. No agrada decirlo, pero se descartan porque molestan. Los ancianos son los que nos traen la historia, nos traen la doctrina, nos traen la fe y nos la dejan en herencia. Son los que, como el buen vino envejecido, tienen esta fuerza dentro para darnos una herencia noble.

Recordemos aquella historia: «papá, mamá, muchos niños» -y el abuelo, que cuando en la mesa comía la sopa, «se manchaba la cara».

Molesto, el padre explica a los hijos por qué el abuelo se comporta así y por tanto compra una mesa a parte para aislar al padre. Ese mismo papá un día vuelve a casa y ve uno de sus hijos jugar con la madera. «¿qué haces?», le pregunta. «Una mesa», responde el niño. «Y ¿para qué?». «Para tí papa, para cuando seas viejo como el abuelo».

Los abuelos son un tesoro. En la Carta a los Hebreos, el capítulo 12 nos dice: ‘Acuérdense de quienes los dirigían, porque ellos les anunciaron la Palabra de Dios: consideren cómo terminó su vida e imiten su fe’. La memoria de nuestros antepasados nos lleva a la imitación de la fe. Realmente la vejez muchas veces es un poco dura por las enfermedades que trae, pero la sabiduría que tienen nuestros abuelos es la herencia que nosotros debemos recibir. Un pueblo que no cuida a los ancianos, un pueblo que no respeta a los ancianos, no tiene futuro, porque no tiene memoria, ha perdido la memoria.

Pensemos en tantos ancianos y ancianas, tantos que están en los asilos, y también tantos -duele decirlo, pero digámoslo- abandonados por los suyos. Es desaprovechado el tesoro de nuestra sociedad».

Traigamos a la memoria a nuestros abuelos, nuestras abuelas, que tantas veces han tenido un rol heroico en la transmisión de la fe en tiempo de persecución. En los momentos en que los papás han salido de emergentes al trabajo porque no les alcanza, han sido los abuelos los que han transmitido la fe. Cuarto mandamiento: es el único que promete algo a cambio. Traigamos también a la memoria a los viejos santos - Simeón y Ana - a tantos ancianos santos, pidamos la gracia de cuidar, escuchar y venerar a nuestros antepasados.

La Escritura mira en la larga vida una bendición, siempre y cuando vaya acompañada de la sabiduría divina que debe ser escuchada (Pro 3,16; 4,10). Ser abuelo o llegar a la vejez lleva consigo una verdadera vocación. Dejando de lado el miedo por hacerse mayor o sentirse inútil, los ancianos deben proclamar la alegría de ser mayores. Tener un anciano en casa es como tener un sabio con uno. Con su ayuda son y continuarán

siendo memoria para su pueblo. Y también para nosotros, para la gran familia de la Iglesia.

En las pruebas más difíciles, los ancianos que tienen fe son como árboles que continúan dando fruto. La «vejez, de forma particular,

es un tiempo de gracia en el que el Señor les renueva su llamada, les llama a custodiar y transmitir la fe. Les llama a rezar, les llama a interceder, les llama a ser cercanos a quienes los necesitan». Los ancianos tienen una capacidad para entender las situaciones más difíciles, una gran capacidad.

Los ancianos que han recibido la bendición de ver los hijos de los hijos, les es concedida una tarea grande: transmitir la experiencia de la vida, la historia de una familia, de una comunidad, de un pueblo; compartir con sencillez una sabiduría y la misma fe: ¡la herencia más preciosa!

Existen países donde la persecución religiosa ha sido cruel, donde «han sido los abuelos quienes han llevado a bautizar a los niños a escondidas, a darles su fe». Ellos, «han salvado la fe en esos países».

Pero el anciano no siempre tiene una familia que lo acoge. Ojalá los asilos o albergues para los ancianos sean «verdaderamente casa y no prisiones». Así como deben ser «para los ancianos y no para los intereses de otros». No deben existir



asilos donde los ancianos viven olvidados, como escondidos, descuidados. Los asilos deberían ser «pulmones» de humanidad en una comunidad, en un barrio, en una parroquia; «deberían ser santuarios de humanidad donde quien es viejo y débil es cuidado y custodiado como un hermano o una hermana mayor».

Cuantos ancianos abandonados, a los cuales se les descarta con actitudes de abandono que son una verdadera y propia eutanasia escondida. Es el efecto de esa cultura de la indiferencia y falta de espíritu de sacrificio que hace mucho mal al mundo. Así, todos estamos llamados a contrarrestar esta venenosa cultura de la indiferencia.

Como cristianos estamos llamados a imaginar, con fantasía y sabiduría, los caminos para afrontar este desafío. Un pueblo que no custodia a los ancianos y no les trata bien es un pueblo que no tiene futuro. Ustedes ancianos, tengan la responsabilidad de mantener vivas estas raíces en ustedes mismos. Con la oración, la lectura del Evangelio, las obras de misericordia. Una de las cosas más bellas de la vida de familia, de nuestra vida humana de familia, es acariciar un niño y dejarse acariciar por un abuelo o una abuela.

Cada generación puede aprender de la experiencia y la sabiduría de la generación que la precedió. En efecto, la prestación de asistencia a los ancianos se debería considerar no tanto un acto de generosidad, es una deuda de gratitud.

Esta obra de la Iglesia por los ancianos y enfermos no sólo les brinda amor y cuidado, sino que también Dios la recompensa con las bendiciones que promete a la tierra donde se observa este mandamiento. Dios quiere un verdadero respeto por la dignidad y el valor, la salud y el bienestar de las personas mayores y, a través de sus instituciones caritativas, la Iglesia desea cumplir el mandato del Señor de respetar la vida, independientemente de su edad o circunstancias.

La vida es un don único, en todas sus etapas, desde la concepción hasta la muerte natural, y Dios es el único para darla y exigirla. Puede que se disfrute de buena salud en la vejez; aun así, los

cristianos no deben tener miedo de compartir el sufrimiento de Cristo, si Dios quiere que luchemos con la enfermedad. El Papa Juan Pablo II, sufrió de forma muy notoria en los últimos años de su vida. Todos teníamos claro que lo hizo en unión con los sufrimientos de nuestro Salvador. Su buen humor y paciencia cuando afrontó sus últimos días fueron un ejemplo extraordinario y conmovedor para todos los que debemos cargar con el peso de la avanzada edad (*Homilía en el inicio del Ministerio Petrino del Obispo de Roma, 24 de abril 2005*)⁴⁰.

Los largos años de vida ofrecen la oportunidad de apreciar, tanto la belleza del mayor don que Dios da, el don de la vida, como la fragilidad del espíritu humano. A quienes tienen muchos años se les ha dado la maravillosa oportunidad de profundizar en el conocimiento del misterio de Cristo, que se humilló para compartir nuestra humanidad.

A medida que el curso normal de nuestra vida crece, con frecuencia nuestra capacidad física disminuye; con todo, estos momentos bien pueden contarse entre los años espiritualmente más fructíferos de nuestras vidas. Estos años constituyen una oportunidad de recordar en la oración afectuosa a cuantos hemos querido en esta vida, y de poner lo que hemos sido y hecho ante la misericordia y la ternura de Dios. Ciertamente esto será un gran consuelo espiritual y nos permitirá descubrir nuevamente su amor y bondad en todos los días de nuestra vida.

Es necesario que la Iglesia salga a la calle, que nos defendamos de todo lo que sea mundanidad, de lo que sea instalación, de lo que sea comodidad, de lo que sea clericalismo, de lo que sea estar encerrados en nosotros mismos. Las parroquias, los colegios, las instituciones, ¡son para salir! Comentaba el Papa Francisco en Río de Janeiro a los Jóvenes.

«Porque es tal el culto que ha hecho al dios dinero, que estamos presenciando una filosofía y una praxis de exclusión de los dos polos de la vida que son las promesas de los pueblos. Y por supuesto, porque uno podría pensar, que podría haber una especie de eutanasia escondida. Es

decir, no se cuida a los ancianos, pero también está esta eutanasia cultural: ¡no se los deja hablar, no se los deja actuar!»⁴¹.

Entonces, que los ancianos al ir a su encuentro nos transmitan la sabiduría de los pueblos. Ser personas que transmiten la justicia, que transmiten la historia, que transmite los valores, que transmite la memoria de Pueblo. Cuando los visitemos, dejémoslos hablar, escuchémoslos.

Es cruel mirar a un pueblo que no custodia a sus ancianos, y en el que se les descarta y se muestra detrás una eutanasia escondida. Los ancianos no son solo objeto de atención y cuidado, sino también sujetos de una nueva perspectiva de vida. Gracias a Dios la expectativa de vida ha crecido, pero por otra parte, este dato no ha llevado aparejado un enfoque pertinente ni en la política, en la salud, ni en la economía, ni en la cultura. Por lo tanto, hay que replantearse la ancianidad y el compromiso de los ancianos en el mundo y en la Iglesia. Y también el de la Iglesia hacia ellos.

Así mismo, se debe tomar en cuenta a los «más de 600 millones de ancianos que se estima existen a nivel mundial, y del progresivo envejecimiento de la población mundial que, dentro de diez años, se calcula que podría comprender más de mil millones de personas ancianas»⁴².

Por tanto estamos llamados todos, a colaborar en todas partes en favor de una sociedad humana cada vez más equitativa, justa e incluyente, enriquecida también de la efectiva participación y de quien podría ser considerado «no útil» o, incluso «un peso», pero que puede sin embargo aportar la propia contribución por la experiencia y la sabiduría adquirida en el camino de la vida».

También recordemos que «evangelizar la vejez» significa descubrir sus posibilidades intrínsecas y originales, sus propios significados, esos valores que se pueden implementar solamente en esta parte del camino del hombre. Esta realidad nos incita a conjuntar un gesto de solidaridad entre jóvenes y ancianos, mostrando a la Iglesia como una verdadera y efectiva familia de todas las generaciones, en la que cada uno debe sentirse

en casa, donde no reina la lógica del beneficio y del tener, sino la de la gratitud y de amor.

En tal perspectiva, entra el valor de una pastoral específica, que comprende sobre todo como elemento fundamental la comunión entre generaciones». Se trata, por tanto, de favorecer una cultura de la unidad, unidad frente al cuidado amoroso del anciano.

Del mismo modo, trabajemos una pastoral *de los* ancianos más que *para* los ancianos. La persona de una cierta edad no es en primer lugar objeto de cuidado y de atención pastoral caritativa, sino más bien sujeto y protagonista potencial de nuestra acción pastoral.

En lo que se refiere a la asistencia social con el anciano, es esencial que ésta sea animada con profunda consideración por los agentes de la Pastoral de la Salud, en las comunidades, sino también tomar en cuenta a los profesionales y a las diferentes instancias gubernamentales o no a favor de los ancianos. La asistencia religiosa de los ancianos debería ser de hecho un compromiso de toda la comunidad bautizada («porque estuve enfermo y me visitaste»: Mt 25,36), más que una particular atención de los agentes de la Pastoral de la Salud.

La edad anciana lleva consigo la síntesis de lo que se ha aprendido y vivido, la síntesis de cuanto se ha sufrido, regocijado, soportado. El futuro de las personas ancianas enfermas, ha empeorado pues va en aumento la tentación de recurrir a la eutanasia. Debemos gritar una y otra vez: ‘No a la eutanasia’, porque es una vergüenza de nuestro tiempo.

Nos damos cuenta que mientras antes la vejez era considerada como «un período de sabiduría», hoy en cambio es considerada como una «fase de decadencia» y en una sociedad que pone en el primer lugar la productividad, los ancianos pueden ser empujados a interrogarse «si su existencia es aún útil» y por lo tanto caer en la tentación de considerar la eutanasia como una opción.

Es muy importante involucrar en su acompañamiento a familiares y amigos pueden ofrecerles una luz de esperanza, ante su vida enrarecida por el cansancio, así también como darles un

seguimiento espiritual para descubrir en el sufrimiento «una participación en el sufrimiento que tiene sentido y que fue asumido también por Cristo para nuestra redención. El sufrimiento lleva a interrogarse sobre el sentido que uno tiene, lo que puede llevar a la desesperación... o a acercarse al Señor.

En la fase terminal por lo tanto la persona se encuentra expuesta a dos peligros: el encarnizamiento terapéutico y la eutanasia. Sobre el primero «la Iglesia nunca estuvo a favor de un tal exceso terapéutico que va contra la dignidad de la persona humana. En cambio sobre la tentación del suicidio asistido la Iglesia recuerda «el principio inalienable de la sacralidad e inviolabilidad de la vida». Se anima además a las familias a cuidar a sus ancianos. Y cuando la familia no puede o no quiere hacerlo, la pastoral se orienta a

un acompañamiento en las estructuras sanitarias. Pero no se trata solamente de aliviar el dolor físico, sino también de acompañar a las personas con competencia y amor.

Es un mandato el seguir actuando en la sociedad y en el mundo por las vías maestras indicadas por el evangelio: la fe y la caridad, para reavivar la esperanza. La fe, como el testimonio de adhesión a Cristo y de compromiso con la misión evangélica, que nos impulsa a una presencia cada vez más viva en la comunidad eclesial y a una pertenencia más consciente al Pueblo de Dios; la caridad, como expresión de fraternidad en Cristo, mediante las obras de misericordia con los enfermos, los pobres, los necesitados de amor, de consuelo y ayuda, con los afligidos por la soledad, la desorientación y las nuevas formas de pobreza material y espiritual.

VI: LA PERSPECTIVA SOCIAL Y PSICOLÓGICA DE CAMBIO EN FAVOR DE LA SENECTUD DE SAN JUAN PABLO II

En una carta escrita sobre la vejez en el mes de abril de 2002 dirigida al entonces Primer Ministro del Reino de España, José María Aznar por el papa Juan Pablo II, se presenta una pregunta que englobó a las perspectivas de la psicología y sumó la dirección de investigación en economía. La pregunta por el sumo pontífice al primer ministro español es simple: *¿Cómo garantizar la duración de una sociedad que está envejeciendo, consolidando la seguridad social de las personas ancianas y su calidad de vida?*

El papa Juan Pablo II afirmó en su misiva en cita que la forma más viable «para responder a esta cuestión, es necesario no dejarse guiar principalmente por criterios económicos, sino inspirarse más bien en sólidos principios morales». Situación que sin este principio que citó el sumo pontífice, dista de ser políticamente abordada para ser finalmente resuelta)⁴³.

La investigación del envejecimiento y la senectud en su definición que de antaño establecía

como aspectos característicos del anciano, la venerabilidad y vulnerabilidad así como el respeto irrestricto de estas personas, ha tenido modificaciones graduales a partir del siglo XIX en occidente con el cambio social efectuado por la maquinización de la industria y el auge del capitalismo que impactó y modificó el ámbito conservador del valor y sapiencia del anciano, devaluando a su persona y sus logros a estatus inimaginable de antaño en las culturas postmodernas occidentales, convirtiendo al anciano en la sociedad postmoderna en un simple objeto de investigación y un problema social complicado de solucionar⁴⁴.

Sin embargo, devaluar al anciano no es por fortuna en la perspectiva en psicología un tema de investigación de consenso mundial. Por ejemplo en África, se considera que llegar a la vejez es un gran triunfo y una edad honorífica y de gran estima social. A tal grado que no se contempla por sus habitantes el concebir la idea de lograr los

años requeridos de servicio para obtener una jubilación y la palabra y la acción de «jubilarse» es totalmente ajena a su léxico.

El concepto social y el valor que detenta una persona que es anciana es el más elevado estatus social. De acuerdo con Nsang O’Khan Kabwasa, quien cita las palabras del erudito maliano Amadou Hampâte Ba, muy contrastante con actual teoría del «capital humano», explica que «*Cada vez que un anciano muere, es una biblioteca que se quema*». Para los africanos, llegar a la vejez es el momento culminante psico-espiritual de una persona⁴⁵.

La psicología orientada al problema de abordar el proceso de envejecimiento o la senectud se caracteriza actualmente por encontrarse dividida entre sus cultivadores, quienes siguen un enfoque metodológico de orientación científica positivista y evolucionista, de cohorte biológico-cognitiva-conductual que solo asume al anciano como un ente que ha perdido capacidades e inviable de seguir al ritmo de la sociedad que emerge, respaldada por el apoyo de la psicología laboral y de las organizaciones en que el sólo ítem

de la edad, es suficiente y basta en sí misma para descalificar como útil laboralmente al anciano.

En contraste dentro de la psicología, se encuentra la dirección científica no positivista o



cualitativa, que se distingue no solo por ser crítica de las perspectivas positivistas, sino que se suman otros investigadores, mayormente procedentes de las ciencias de lo social y las ciencias religiosas⁴⁶.

VII, LA TRANSFORMACIÓN OCCIDENTAL SOCIAL DEL ANCIANO: DE LA HONORABLE VEJEZ AL «ANCIANO VAGABUNDO POSTMODERNO»

En un artículo escrito con pulcritud crítica por un investigador, el Dr. Pablo Méndez Gallo⁴⁷, del Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, expresa sin ambages que el concepto que pesa sobre las personas de la tercera edad en España que afirma categórico que es el de ser un «vagabundo postmoderno»⁴⁸.

Lo anterior se centra luego de señalar el nuevo rol de los ancianos en España, donde son valorados en ellos los aspectos deletéreos que, siendo fundamentados en los propios e inevitables cambios biológicos físicos y mentales, por se, son calificados como rasgos negativos para el valor del «capital humano» la persona nuevo sistema global postindustrial que deifica a la juventud.

El Dr. Méndez Gallo expone en su estudio, que el anciano en la postmodernidad occidental, se ha reducido a ser valorado como un ser pasivo, insuficiente para sí mismo, y por ello deriva a pasar sus días de la estancia alternante en asilos, hospitales y su rotación entre familiares y localidades derivados de sus inevitables cambios físicos que comparados con los jóvenes en edad laboral y productiva, el anciano cuenta con la desventaja de verse dependiente de los demás y si no es que ya está crónicamente enfermo y por su involución cerebral y de órganos de la percepción, es visto como un problema irresoluble médico y socialmente de ser un individuo limitado e ignorante e incapaz de asumir y adaptarse a comprender los cambios en su entorno y asumir las novedades en su cultura.

La comprensión del anciano de su situación precaria explica por sí misma las observaciones realizadas por los psiquiatras, inicialmente descrita con detalle por el existencialista Eugene Minkowski⁴⁹ y avalada por otros psicólogos clínicos que coinciden en encontrar rasgos de neuróticismo, somatización, desesperanza, irritabilidad y depresión en el anciano⁵⁰.

En el nuevo sistema social que es guiado por los expertos que basan sus premisas en el esquema del «capital humano», el anciano es inexistente y se le califica, no como a la persona o como un individuo único e irremplazable, sino que se le ve más bien desde el valor de su trabajo y con ello, no se duda en restarle valor y ser causa de desequilibrio económico con los gastos per cápita que devienen desde su manutención y atención etc., al calificar su poder laboral, de calidad, de productividad y capacidad de generación de más riqueza para su empleador y limitaciones en su dominio e independencia de incorporarse con éxito a agregar a sus destrezas limitadas, la comprensión del uso y aplicación de las nuevas tecnologías.

La crítica de este tipo de investigaciones sociales en torno a la situación actual del anciano, llegó a inquietar a los políticos y a los funcionarios de la salud que asumieron la creación primero de entre las ciencias médicas de una nueva especialidad de atención para este grupo de población, la gerontología, cuyo distintivo la formación de especialistas sobre la vejez.

Esto conlleva a un desarrollo que incorpora a este enfoque a otras ramas de las ciencias médicas y sociales a seguir los trabajos de los gerontólogos. La propuesta gira en torno a un modelo multicultural que propone que esta especialidad médica sea el paradigma que logre centrar cada vez más en obtener con este grupo poblacional la meta de lograr mantener a los ancianos en un estado de salud-activo, quizá con

miras a una actividad laboral ocupacional que en vez de la que se llevó antaño del enfoque de retiro pasivo y sin presiones de ninguna índole y con respaldo económico, tal y como se comprendía que así debía de cerrar satisfactoriamente la última etapa de vida del ser humano.

La vejez actualmente se considera la «cualidad de ser-viejo» y la vejez hace referencia a la «senectud» o «edad senil» cuando se encuentra en el rango de los 65 a 70 años de vida. Para cualquier persona que logra llegar a la vejez, aun sin que lo acepte, tiene que sumarse a estar dentro categoría social de exclusión que se define socialmente como vivir en la «tercera edad».

El principal rasgo que define a encontrarse además de la edad en este periodo de la vida está más asociado a los factores económicos que sociales de este estrato de personas, debido a que sus percepciones monetarias se derivan en la mayoría a asumir la condición de estar con una jubilación o una pensión y por ende, dejan de ser parte de la población productiva y económicamente activa. Si cuentan con una familia con independencia del parentesco, lo más común es que ya se han convertido en abuelos.

De acuerdo a la actual concepción sobre la senectud, en la opinión de la Dra. Rocío Fernández-Ballesteros⁵¹, se postula que el envejecer depende más bien de un conjunto de condiciones que se mencionó, se definen primero en factores socio-económicos, les siguen en orden de importancia los factores socio-culturales, ambientales, sanitarios y familiares.

Los determinantes contextuales son responsabilidad de los gobiernos, que deben introducir los cambios pertinentes en sus políticas socio-económicas, culturales, sanitarias y ambientales. Debido a ello, la vejez y la senectud aunque pareciesen ser conceptos análogos, encierran una diferencia cualitativa si se observan pues desde el enfoque economicista y de la psicología positivista o desde la óptica de la psicología social con diferencias metodológicas radicales en sí mismas.



VIII. LA PSICOLOGÍA SOCIAL Y LA VEJEZ

Pasemos ahora a un breve repaso de su estudio. El lector podrá consultar en las citas bibliográficas las publicaciones que le permitirán ampliar su repertorio de enfoque e interés particular. Los conceptos psicodinámicos de adaptación psicosocial del anciano son quizá los más difíciles de ajustar en un contexto positivista-empírico-experimental. Sin embargo de entre ellos la perspectiva de desarrollo del psicoanalista alemán Erik Erikson (1902-1994) sigue siendo con su propuesta de la teoría del ciclo vital humano, la más útil para comprender las dificultades particulares que tiene un anciano en el postmoderno occidental de afrontar el proceso de envejecimiento y muerte.

Al establecer los conceptos de adaptación en la vejez en el contexto de vida económico-social-útil, destaca la necesidad de no juzgar a los ancianos por los mismos criterios que son relevantes en etapas más tempranas de la vida y que puntualizan autores como Freud, Wallón, Piaget y otros.

En un estudio comparativo cultural define las tareas psicosociales relevantes de la vida adulta que, teniendo en cuenta los siguientes criterios cualitativos a los que expresa en su teoría con palabras que señalan los alcances y límites de lo que ha observado: «intimidad» frente a «aislamiento» en la vida adulta joven; «fecundidad» frente a «inactividad» en la mitad de la vida, y «entereza» frente a «desesperanza» en la vejez.

En esta última etapa de la vida, según Erikson, se caracteriza por la auto-observación del acentuarse en el individuo la percepción de sí

mismo y de su relación con los demás de cómo se es visto al momento de iniciar y continuar envejeciendo y la jubilación. Junto a ello, aparecen las enfermedades y las preocupaciones relativas a la muerte. Los amigos mueren; los familiares también. La esposa/esposo muere. Es inevitable que también a uno le toque su turno. Al enfrentar a esta situación, es comprensible el sentimiento de desesperanza. Erikson describe la tendencia a disminuir la productividad y explorar la vida con el rotulo de ser ya una persona jubilada.



Erikson describe que durante este último periodo el individuo contempla sus logros y podemos con integridad si se considera que se ha llevado una vida acertada. La contraparte es si se ve la vida como una concatenación de actividades improductivas que

desleirá sentimientos de culpa por las acciones pasadas, o considerarse que no se lograron las metas en la vida. El sentimiento de descontentos con la vida, va configurando la aparición de desesperación, que a menudo da lugar a depresión⁵².

De la multitud de autores e investigadores en el campo de la psicogeriatría, se elige compaginar la etapa número 8 del ciclo vital humano de Erikson con el trabajo del psicólogo norteamericano Henry Alexander Murray (1893-1988), quien se distingue de otros autores con su teoría de la personalidad, dado que en ella compagina junto con el psicoanálisis, la filosofía de las funciones cerebrales y la neurofisiología sintetizando que la personalidad actúa como el indefinible órgano gobernante del cuerpo como un instinto que guía las decisiones y acciones humanas desde el naci-

miento hasta la muerte. Para Murray (1938) la personalidad está siempre presente en cualquier momento de la biografía humana y plantea con esta dualidad, la configuración entre relaciones dependientes de las sustancias cerebrales y las estructuras psíquicas como unidades correlativas, indisolubles y únicas⁵³.

Propone en su teoría de «las necesidades humanas», similar a la de su colega Abraham Maslow, en que el individuo se encuentra hasta que la enfermedad lo imposibilita, a vivir sujeto en un ritmo siempre constante en alternancia con dos tipos de situaciones a las que designa:

Tipo A) Presión alfa-propiedades o atributos reales del ambiente.

Tipo B) Presión beta-que desarrolla la percepción subjetiva del ambiente por el individuo, que son los determinantes finales de la conducta observada.

Las dicotomías emergentes que siempre afronta el individuo son:

Necesidad de poder o dominación

Necesidad de afiliación

Necesidad de degradación - evitación de la vergüenza,

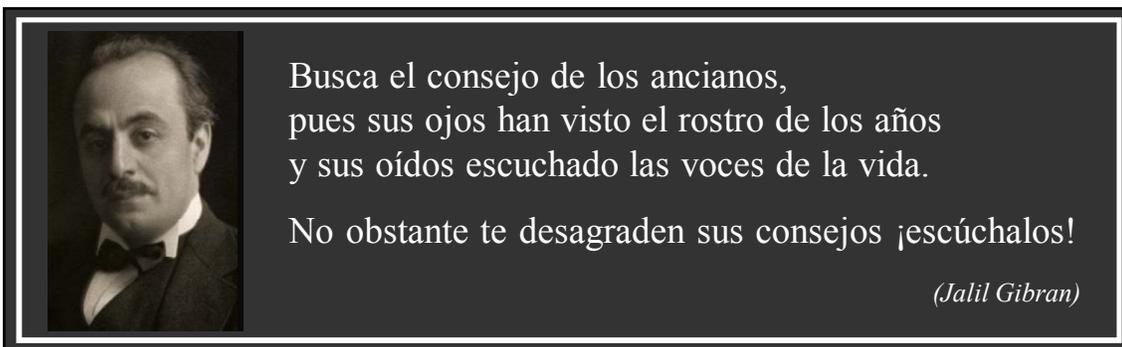
Necesidad de logro - evitación del daño,

Necesidad de logro - evitación del daño.

Esta son solo algunas de las «necesidades humanas» enunciadas por Henry A. Murray y que en el panorama psico-social del anciano, se ha enunciado que el entorno social no produce

ni cambios ni nuevas estructuras de personalidad, por lo que el efecto de la influencia social se reduce a moldear aquellos rasgos de personalidad que ya están determinados desde el nacimiento. Por tanto la no-resolución de tales necesidades se al envejecer se ven primero amenazas y después constantemente son tan menguadas y frustradas a tal grado, que la investigadora chilena Paulina Osorio, al que designa con el poco afortunado pero actual y descriptivo título de «muerte social»⁵⁴.

La opción de cambio social que conllevaría a un estado de eupisquismo en el anciano y a la que se debe de seguir (a la que se suma el autor), es la propuesta del Papa Juan Pablo II contenida en su Mensaje a la Asamblea Mundial de la ONU sobre «Los problemas del envejecimiento de la población» en la que escribió que para que se realice un cambio social real y efectivo, se requiere de que se lleve a cabo con los aportes descritos, dos condiciones impostergables a saber: «*La primera requiere de las mismas personas ancianas que acepten profundamente su edad y estimen sus posibles recursos. La segunda condición concierne a la sociedad de hoy. Necesita hacerse capaz de reconocer los valores morales, afectivos, religiosos que habitan en el espíritu y en el corazón de los ancianos y necesita trabajar en favor de su inserción en nuestra civilización que sufre un desfase inquietante entre su nivel técnico y su nivel ético*»⁵⁵. La última fase de pasar de la palabra a la acción social y psicológica de cambio, la tienen los ancianos con su voz y los gobiernos dispuestos a aceptarlo.



IX. LA VEJEZ Y EL CAMPO ORIENTATIVO DE LA NUEVA PSICOLOGÍA DE LA EDAD GERIÁTRICA

El incremento en las expectativas de lograr más años de vida de la población mexicana, han aumentado y de acuerdo al INEGI, establece la posibilidad de que la esperanza de vida de los mexicanos ha incrementado con respecto al censo que en el año de 1930, estimaba que las personas vivían en promedio 34 años; luego a 40 años en 1970 y este indicador se incrementó en 61 años en el año 2000 y en el año 2014 fue de casi 75 años de vida⁵⁶.

Por otra parte y de acuerdo a la O.N.U. el crecimiento de la población, sufre un cambio a nivel mundial con acento en la disminución de las tasas de fecundidad y el aumento la sobrevivencia de los adultos mayores.

Se estima que para el año 2018, a nivel mundial, la cantidad de menores de 5 años será igual a la cantidad de personas mayores de 65 años, cumpliéndose la transición epidemiológica y que de tener una pirámide poblacional mundial donde se equilibren los extremos etarios poblacionales⁵⁷.

La perspectiva más aceptada es en la psicología con orientación biológica, difiere de la perspectiva de la psicología social en el hecho de que en la primera, se enfoca al envejecimiento, tomando en cuenta sólo en los aspectos biológicos derivados a nivel cognitivo-conductual de los cambios que sufre el organismo humano definiendo sus limitaciones físicas y pérdidas afectivas que conforme pasa el tiempo, se acentúan⁵⁸.

En contra parte, surge la propuesta del Dr. Martin Seligman (1998) quien focaliza el acento en que la investigación psicológica actual sobre la vejez, debe de ser más bien enfocándose hacia

los aspectos más propositivos y positivos de la psique humana⁵⁹. Ambas posiciones en cita, tiene puntos en común y de confrontación, de realización y de limitación del individuo, pero coinciden en la búsqueda de establecer una alternativa que

pueda conformarse a la nueva dimensión de un nuevo orden mundial y global.

En un artículo elaborado en esta dirección realizado por la Dra. Nelly Salgado-Snyder y sus colaboradores, determina que «la población de adultos mayores, principalmente los que viven en la pobreza, han recibido muy poca atención

por parte de investigadores, prestadores de servicios y diseñadores de políticas públicas. Existe un limitado número de estudios que se han enfocado en la relación entre envejecimiento, género y pobreza. Sobre todo la inequidad persistente a nivel mundial en el acceso a oportunidades para una mejor calidad de vida entre las mujeres ancianas que viven en pobreza».

En tanto, el optimismo en el logro de una «actitud positiva» que propone el Dr. Seligman se derrumba ante el problema de la realidad económica, que limita y que se observa que acentúa las deficiencias con que cursa el anciano.

CONCLUSIÓN

La salud del ser humano, de todo el ser humano, fue el signo que Cristo eligió para manifestar la cercanía de Dios, su amor misericordioso que cura el espíritu, la mente y el cuerpo. Que éste siempre sea el punto de referencia fundamental de todas nuestras iniciativas: el seguimiento de Cristo, a quien los Evangelios nos presentan como «médico divino».



Esta es la perspectiva bíblica que da valor al principio ético natural del deber de la atención al enfermo, en virtud del cual toda existencia humana debe ser defendida según las particulares dificultades en que se encuentra y según nuestras posibilidades concretas de ayuda. Socorrer al ser humano es un deber tanto en respuesta a un derecho fundamental de la persona como porque el tratamiento de los individuos redundará en beneficio de la colectividad. Jesús siempre vio por el bien común.

La ciencia médica progresa cuando acepta replantearse siempre tanto el diagnóstico como los métodos de tratamiento, presuponiendo que los datos anteriores y los presuntos límites puedan superarse. Son momentos en que las leyes de la ciencia dan cabida a otro ámbito, un espacio a lo divino.

El mismo Jesús con su gesto de compasión, permite que la estima y la confianza del personal sanitario sean proporcionales a la certeza de que estos defensores por profesión de la vida no despreciarán jamás la parte espiritual dentro de una existencia humana, aunque sea minusválida, y sabrán alentar siempre todo intento de curación.

En este servicio de fe, se concretizará la iglesia como «comunidad de amor». Se tiene como ejemplo a personajes emblemáticos como San Juan de Dios, Camilo de Lelis, María Guadalupe García Zavala (Madre Lupita), María de Jesús Sacramento Venegas (Madre Nati), María Vicenta de Santa Dorotea o Fray Antonio Alcalde, que sirvieron a Cristo pobre y que sufre en la persona de los enfermos. Grandes personajes que sacaron fuerza de la eucaristía para socorrer eficazmente al ser humano y promoverlo, según la dignidad que le es propia.

En sus hospitales y clínicas, la capilla fue el corazón palpitante en el que Jesús se ofrece intensamente al Padre celestial por la vida de los enfermos. La Eucaristía, distribuida con dignidad y con espíritu de oración a los enfermos, fue savia vital que les consolaba e infundía en su espíritu luz interior para vivir con fe y con esperanza la condición de enfermedad y de sufrimiento.

Sin lugar a duda cada enfermo espera de los consagrados en su lecho de dolor, sea hospital, clínica o su propio hogar, un amor sanador, perdonador, gratuito y bello como el que ofrecía Jesús.

NOTAS

¹ La alegría del evangelio, Exhortación apostólica del Papa Francisco, 2014

² ZENIT, 11 de Febrero del 2010.

³ Klaus Berger, Jesús, Sal Terrae, 2009. Lectura de Cristo y el Evangelio en clave terapéutica.

⁴ De vita contemplativa. <http://www.earlychristianwritings.com/yonge/book34.html>

⁵ Esto se puede releer en el libro los volcanes de Cuernavaca de Lya Gutiérrez Quintanilla, quien tiene una serie de entrevistas con estos revolucionarios: Sergio Méndez Arceo, Gregorio Lemercier e Iván Illich.

⁶ Hans Joas, Teoría de la acción. Capacidad creativa de los actores colectivos

⁷ Redalib.org vol. 9, núm. 19, mayo-agosto, 2012, pp. 361-389

⁸ Boris Cyrulink, La reivindicación sana del dolor y de la felicidad. También la empatía. Obras: De cuerpo y alma, El realismo de la esperanza, La maravilla del dolor, El amor que nos cura

⁹ Estética teológica de Ur Von Baltazar.

¹⁰ Joseph Gevaert, El problema del hombre, Introducción a la antropología filosófica, E. Sígueme, Salamanca 1984, p. 103.

¹¹ Hans Urs Von Balthasar, La mia opera ed epilogo, Jaka Book, Milano 1994, p. 153.

¹² José Antonio Pagola, Jesús, Aproximación histórica. PPC, Madrid 2008, p. 155.

¹³ Benedicto XVI, La luz del mundo, El Papa, La Iglesia y Los Signos de los tiempos. Una conversación con Peter Seewald. Herder, México 2010, p. 183.

¹⁴ Aparecida, Documento conclusivo. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, n. 417.

¹⁵ Aparecida, n. 420.

¹⁶ Jesús M^a Ruiz Irigoyen, Humorizar la salud. Sal Terrae, Bilbao 2001, p.42.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 43.

¹⁸ Francisco González Crussi, Que la medicina no es ciencia, Revista Letras Libres, Febrero 2010, año XII, n. 134, p. 14.

- ¹⁹ *Ibíd.*, p. 18.
- ²⁰ *Ibíd.*
- ²¹ Arnoldo Kraus,
- ²² González Crussi, p. 20.
- ²³ *Ibíd.*, p. 14.
- ²⁴ Cfr., Jesús M^a Ruiz Irigoyen, p. 43.
- ²⁵ O.C. en David Rieff, p. 32.
- ²⁶ Alexis Philonenko, *La filosofía de la desdicha*, Tomo I, Taurus, México 2002, p. 294.
- ²⁷ *Hombre y Dios*, Tomo I, Cincuenta años de poesía española, BAc, Madrid, 1995, p. IX.
- ²⁸ Philonenko, p. 295.
- ²⁹ Hanna Arendt, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1998, p. 60.
- ³⁰ José Luis Martín Descalzo, *El testamento del pájaro solitario*, en «*Hombre y Dios*», o.c., p. 55-56.
- ³¹ Leonardo Boff, *Gracia y liberación*, E. Cristiandad, Madrid, 1980, p. 139.
- ³² José Luis Martín Descalzo, *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, E. Sígueme, Salamanca 2004, p. 498.
- ³³ Emmanuel Lévinas, *Totalidad e infinito*, Ensayo sobre la exterioridad, E. Sígueme, Salamanca 1997, p. 163.
- ³⁴ Xavier Zubiri, *Sobre el hombre*, Alianza Editorial, Madrid 1986, p. 35.
- ³⁵ Michael Foucault, *La hermenéutica del sujeto*, Fondo de Cultura Económica, México 2002, p. 110.
- ³⁶ Umberto Galimberti, *Psique e techne, L' uomo nell' età della tecnica*, Feltrinelli, Milano 1990, p. 690.
- ³⁷ Pagola José Antonio, *Jesús aproximación histórica*, PPC Editorial y distribuidora, SA Madrid 2008 pág. 155
- ³⁸ Más que sanador, podemos llamar a Jesús curador (del latín cura, es decir, cuidado, solicitud por el necesitado) más que sanador, pues parece que es como mejor lo veía la gente a Jesús.
- ³⁹ *Ibid.* Pagola José Antonio, *Jesús Aproximación histórica*, Pág. 156
- ⁴⁰ http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2005/documents/hf_ben-xvi_hom_20050424_inizio_pontificato.html
- ⁴¹ <http://www.jesuitas.es/adjuntos/article/160/Papa Francisco JMJ Brasil 2013.pdf>
- ⁴² http://www.who.int/ageing/events/idop_rationale/es/
- ⁴³ Aciprensa (2002) Carta del Papa Juan Pablo II al Primer Ministro del Reino de España, José María Aznar, en su calidad de Presidente de la II Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento, Vaticano, 3 de abril 1982.
- ⁴⁴ Fernández-Ballesteros, Rocío (2008) *Psicología de la Vejez: Una Psicogerontología aplicada*, Editorial Pirámide.
- ⁴⁵ O'Khan Kabwasa, Nsang (1982), *El eterno retorno*. En *Africa la vejez es un momento privilegiado en el círculo inacabable de la vida*, *El Correo de la UNESCO*, Octubre, pág.14-15.
- ⁴⁶ Kozlov, Victor (1982) *Recetas para vivir cien años*. Encuesta soviético norteamericana sobre las regiones con centenarios, *El Correo de la UNESCO*, Octubre, pág.12; Ribera JC. (1995), *El anciano desde el punto de vista biológico*. En Gafo J. (ed.) *Ética y ancianidad*. Madrid. Universidad Pontificia Comillas. 29-40 (*Dilemas Éticos de la Medicina actual - 9*)
- ⁴⁷ Méndez Gallo, Pablo (2007) *La concepción social de la vejez: Entre la sabiduría y la enfermedad*, *Zerbitzuan: Gizarte zerbitzuetarako aldizkaria= Revista de servicios sociales*, (41), 153-160.
- ⁴⁸ *Ibíd.*, pág. 158.
- ⁴⁹ Minkowski, Eugen (1951) *Aspects psychologiques de la vieillesse*, *Evo/. Psychiatrique*, 1951; 16: 49-72.
- ⁵⁰ Yanguas Lezaun, J. J. (2007) *Análisis De La Calidad De Vida Relacionada Con La Salud En La Vejez Desde Una Perspectiva Multidimensional*. Premio Imsero «Infanta Cristina» 2004, págs. 1-81. del desarrollo psicosocial, International Thomson Editores, S.A., págs. 80- 91.
- ⁵¹ Fernández-Ballesteros, Rocío. (2005) *Evaluation of «Vital Aging-M»: A Psychosocial Program for Promoting Optimal Aging*. *European Psychologist*, 10(2): 146-156.
- ⁵² Henson, K. (1999), *Psicología educativa para la enseñanza eficaz, Teoría de Erikson del desarrollo psicosocial*, International Thomson Editores, S.A., págs. 80- 91.
- ⁵³ Véase Henry A. Murray en: Engler, Bárbara (1996) *Teorías de la Personalidad*, 4^a edición, Mc-GrawHill.
- ⁵⁴ Osorio, Paulina (2006) *Exclusión generacional: la tercera edad*, *Revista Mad*, número 14, Departamento de antropología, Universidad de Chile, pág. 47.
- ⁵⁵ El Papa Juan Pablo II y Los Ancianos (1982) *Mensaje a la Asamblea Mundial sobre «Los problemas del envejecimiento de la población»* (Organizada por las Naciones Unidas y celebrada en Viena. Mes de Julio.
- ⁵⁶ INEGI (2015) *Esperanza de vida por entidad federativa según sexo, 2007 a 2014*.
- ⁵⁷ Melgar Cuellar, Felipe. Penny Montenegro, Eduardo (2012) *Geriatría Y Gerontología Para El Médico Internista*, Sello La Hoguera Investigación, pág.28
- ⁵⁸ Fernández-Ballesteros, Rocío. (1996) *Psicología del envejecimiento: Lección Inaugural del Curso Académico 1996-1997*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- ⁵⁹ Seligman, Martin EP (1995). *Lo que usted puede cambiar y lo que no se puede: La Guía Completa para técnicas exitosas de Mejoramiento*. Ballantine Books.

ORACIÓN

Oh Virgen María, Salud de los enfermos,
que has acompañado a Jesús en el camino del Calvario
y has permanecido junto a la cruz en la que moría tu Hijo,
participando íntimamente de sus dolores,
acoge nuestros sufrimientos y únelos a los de Él,
que las semillas esparcidas den frutos abundantes.

Madre misericordiosa, con fe nos volvemos hacia Ti.
Alcánzanos de tu Hijo que podamos volver pronto,
plenamente restablecidos, a nuestras ocupaciones,
para hacernos útiles al prójimo con nuestro trabajo.

Mientras tanto,
quédate junto a nosotros en el momento de la prueba
y ayúdanos a repetir cada día contigo nuestro «sí»,
seguros de que Dios saca de todo mal un bien más grande.

Virgen Inmaculada, haz que nuestras limitaciones y dolores
sean para nosotros y para nuestros seres queridos,
prenda de un renovado empuje en la vida cristiana,
para que en la contemplación del Rostro de Cristo Resucitado
encontremos la abundancia de la misericordia de Dios
y la alegría sin fin del Cielo.

Amén!

S.S. Juan Pablo II